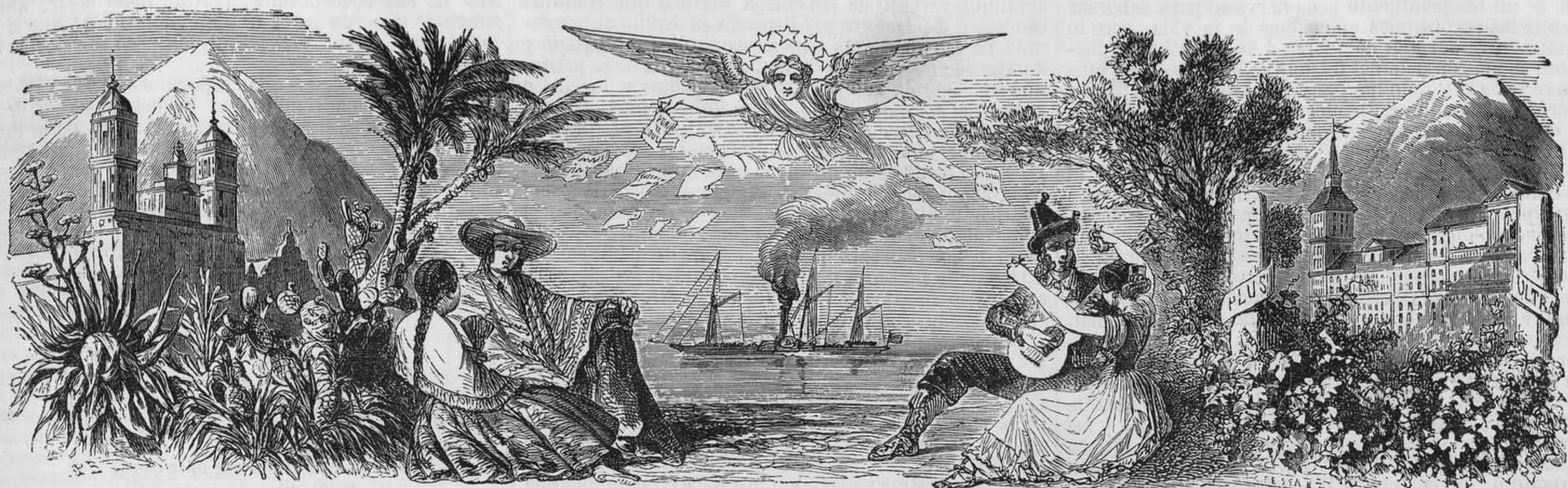


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 14.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO :

Poetas españoles contemporaneos ; Don Francisco Martinez de la Rosa. — Historia de la Semana ; grabado. — Produccion y comercio de flores en Paris ; grabados. — Francia pintoresca, trajes del Delfinado ; grabados. — La Cochinchina. — Re-

cuerdos de la Saboya. — Estudio del pintor M. Diaz ; grabado. — El salon de madama Viardot ; grabado. — D. Juan de Lanuza ; leyenda. — Agricultura ; el guano del Perú. — El gran secreto de la goma inglesa. — Viaje al Archipiélago ; grabados. — Revista de la moda. — La venganza de los difuntos ; novela. — El emperador de Rusia ; grabado.

Poetas españoles contemporaneos.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Artículo tercero.

Siempre he desconfiado yo mucho de los hombres universales, porque si alguna verdad moral se halla



Baile de Sidi-bel-Abbes, ciudad nueva en la provincia de Oran.

confirmada por los hechos, es la de que nuestra inteligencia pierde en solidez lo que gana en extensión. Don Francisco Martínez de la Rosa, ejemplo vivo de este axioma filosófico, es quizá el viajero intelectual más infatigable de la tierra. Ambicioso de gloria, cualidad que estoy distante de vituperar, porque ella ha sido en todos tiempos la locomotiva misteriosa que ha conducido al pensamiento humano en todas sus heroicas evoluciones, dotado de un temperamento poco nervioso para saborear ó sentir las encontradas emociones de la vida, pero lo bastante para dar alguna fuerza á su constitución física tan débil como la del mismo Voltaire, todo ha querido recorrerlo y todo ha querido dominarlo. Diputado, aspiró á los triunfos de la elocuencia; orador distinguido en su tiempo, pretendió marcar un surco luminoso en el campo de la política; ministro y embajador, ha tenido aspiraciones dictatoriales en las regiones de la diplomacia. Desgraciado con frecuencia en la práctica de sus principios, no ha dejado de recoger, aunque momentáneamente, algunos laureles que no han tardado en marchitarse; pero por una reacción muy común en su carácter, pronto ha buscado en otros terrenos el desquite de sus descalabros. Las ciencias y las letras, no siempre generosas con el que solicita sus favores, han negado formalmente á su ambición la corona de la inmortalidad, pero amables y hospitalarias, han recibido con benignidad sus visitas, franqueándole la entrada de sus gabinetes y bibliotecas. Don Francisco Martínez de la Rosa no ha sido más afortunado en la literatura y las ciencias que en la elocuencia y en la diplomacia. Ignoro si desalentado por el éxito, á veces feliz, pero nunca estrepitoso, de sus tareas literarias y políticas, ha ensayado su número en las artes; pero atendido su carácter, no me sorprendería mucho que algún día, en el inventario de los objetos de su casa, apareciesen obras anónimas de música que no revelarían por cierto el genio de Mozart, ó de pintura que tampoco serían atribuidas á Rafael.

Lo que he dicho de esta inteligencia cosmopolita en general, tiene también aplicación á los detalles. Verdadero naturalista más bien por la perseverancia de su voluntad que por su espíritu analítico, investigador más curioso que profundo en sus trabajos, que llamaré zoológico-poéticos, no contento con conocer los géneros de cada orden, las familias de cada género y las especies de cada familia, ha querido recorrer los individuos de cada especie. Y en efecto, para esplanar lo que dejo indicado en otra parte de este artículo, don Francisco Martínez de la Rosa ha ensayado sucesiva ó simultáneamente sus fuerzas en todos los tonos de la epopeya, de la poesía lírica y de la literatura dramática. Ha hecho poemas épicos, cantos patrióticos, himnos guerreros, églogas, endechas, madrigales, epigramas, tragedias, dramas, comedias, y otras muchas cosas que, como decía Bossuet, no tienen nombre en ninguna lengua humana.

Ya he dicho lo que el señor Martínez de la Rosa es capaz de hacer cuando eleva su pensamiento á las regiones de la epopeya y sus alas á los espacios de lo incomprendible. Veamos si es más dichoso en sus inspiraciones belicosas; y para que el ejemplo ayude á la observación, copiarémos la canción guerrera que hizo con motivo del levantamiento de los griegos:

Nobles hijos de Esparta y de Atenas,
De la patria la voz escuchad;
Y rompiendo las viles cadenas
Del combate las armas forjad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,
De acero el brazo armad;
Independencia ó muerte,
¡Muerte!
O muerte ó libertad
¡O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos
Al nacer vuestros hijos sellar,
Aherrojar vuestros padres y hermanos,
Vuestro lecho y amor profanar? etc.

Si me preguntan cuáles son los defectos de esta canción, confieso que me veré apurado para contestar, no porque tenga muchos, sino al contrario, porque parece que no los tiene. Los versos son regulares y hasta buenos, la lengua no tiene que lamentar en ellos la menor infracción ó violencia; pero ¿es esto todo lo que se necesita en una de las composiciones en que precisamente importan menos los accesorios de la forma? ¿Dónde está el entusiasmo ardiente y popular que inflamando el corazón de Quintana le hacía sacar de la tumba las sombras de nuestros antiguos héroes apostrofando de este modo á los españoles

Despertad, raza de héroes....

Que vuestro nombre ofusque nuestro nombre,
Que vuestra gloria eclipse nuestra gloria!

Porque así es como en los momentos supremos evoca el verdadero poeta la memoria de los antepasados.

« Ceñid el casco fiero y refulgente,
Y el que niega su pecho á la esperanza
Hunda en el polvo la cobarde frente. »

Así hubiera hablado Quintana en caso parecido, y así debía hablar el ateniense Tirteo cuando infundió en los lacedemonios el espíritu marcial que triunfó de los mesenios; porque así habla el hombre que siente y trata de enardecer á los que han de buscar los laureles de la victoria en los peligros del combate.

¿Hay en los versos que he citado, ni en todo el himno guerrero del señor Martínez de la Rosa, algo de ese arranque varonil, de esa chispa sagrada que comunicándose á los lectores predisponga su ánimo al heroísmo? Ya veo que llama á los griegos hijos de Esparta y de Atenas; que les manda escuchar la voz de la patria, que les aconseja romper las viles cadenas y forjar las armas del combate. Veo también que les pinta las miserias de su situación, y veo, en una palabra, que dice lo que buenamente se puede decir en un himno. Pero, ¿cómo lo dice? como quien ha hecho un trabajo industrial, subordinando las palabras á una especie de orden métrico y rítmico que enerva en vez de aumentar el valor que tienen en el diccionario. ¿Cómo debería haberlo dicho? Esto es lo que yo no sabré explicar, porque no tengo la pretensión de ser un poeta privilegiado, y aunque lo fuera, me sería difícil hacerlo, porque no creo que pueda sujetarse á reglas la facultad de sentir.

Me parece, sin embargo, que en este género de composiciones tenemos poco que echar en cara al señor Martínez de la Rosa. Nuestro país, rico de genios orientales, tiene en su poesía más brillo del que puede resistir la vista de los habitantes del Norte; pero no conoce ese secreto terrible con que estos exaltan sus instintos belicosos. Además, por efecto de ese orientalismo infiltrado en nuestras venas, que nos hace en caso de duda posponer la idea á la forma, nuestros himnos patrióticos han solido ofrecer con mucha frecuencia el contraste de una música brillante acompañando á una poesía ramplona; y si bien se mira, hasta esa música tiene en casi todos nuestros himnos el defecto de convidar más á la alegría que á la guerra. Hay en ella más voluptuosidad que pasión, más gracia que solemnidad, y á pesar de su inspiración y de sus marciales adornos, se diría que se ha hecho más bien para una parada que para una pelea.

No revela mejores disposiciones, el autor de que voy hablando, en los madrigales y anacreónticas. composiciones á que generalmente se ha dado el nombre de ligeras, pero que en el señor Martínez de la Rosa son muy pesadas. Verdad es que la anacreóntica, para mi gusto poético, por bien aderezada que esté, no deja de ser el más insípido de los manjares. La historia dice que Anacreonte se ahogó con una pasa que se le atrancó en el gaznate, y yo no sé si el hecho será cierto, pero lo que sé es que cada composición de sus discípulos es una pasa para mí. He aquí una muestra que no es de las más empalagosas en su género, ni de las más desaliñadas que ha compuesto el señor Martínez de la Rosa:

Pronto, zagalas, ¡ea!
La lira, el tirso, el vaso:
Venderé mis cantares
Si ofrecéis dulce pago:
Por un beso una copla
Y dos por cada abrazo.

Cualquiera aprecia más un beso que un abrazo; pero este autor dice lo contrario, sin duda obligado por la maldita medida y el maldito asonante. Lo que no puedo menos de aplaudir, es la franqueza con que en premio de los abrazos y besos ofrece coplas; porque no merecen otro nombre esas composiciones tan desprovistas de vehemencia y gala. Cuando los aficionados á este género, insípido de suyo, carecen de tan preciosas dotes, se hacen insoportables. He aquí otra muestra de las frivolidades que el señor Martínez de la Rosa nos ha dado, bajo el nombre pretencioso de poesías:

Cien veces ciento,
Mil veces mil,
Mas besos dame
Laura gentil,
Que flores crian
Mayo y abril,
Y arenas llevan
Dauro y Genil.
Mucho demandas
Poco pedí,
¿Bástate un beso?
Dámelo sí;
Pero tus labios
Clávense en mí,
Y hasta la muerte
Nos halle así.

Veán Vds. en el trozo que acabo de citar otra de las cosas que no tienen defectos. La versificación es fluida, el lenguaje fácil y sencillo como lo requiere el asunto; y sin embargo, la composición tiene el defecto más vituperable en los frutos de esa rara planta que llamamos inspiración, el defecto que más resalta en todas las poesías del autor, esto es, el de no ser malas ni buenas. El señor Martínez de la Rosa, me complazco en repetir, es hombre de instrucción; no carece de gusto ni de criterio, y si no tuviésemos derecho á exigir de los poetas algo más que esto, indudablemente hallaríamos en sus obras más motivos de elogio que de censura; pero el buen juicio y la erudición, dotes á mi ver indis-

pensables en todos los ramos del arte y de la ciencia que pertenecen al dominio del hombre, son en las obras de imaginación, y principalmente en la poesía, elementos reguladores que, como el compás y la regla en la arquitectura, reducen su ejercicio á contener el vuelo de la fantasía en los límites de la razón. Por lo tanto, es necesario que los que aspiran á brillar en este concepto hagan intervenir la discreción como accesorio y no como base de sus concepciones; porque debo decir, aun á riesgo de que esto parezca una vulgaridad, que si no son siempre eruditos los poetas, tampoco son poetas todos los eruditos.

Pero entretenido en estas reflexiones, había olvidado probar que el madrigal no es la menos pesada de las composiciones ligeras en el señor Martínez de la Rosa. He aquí uno que no sé porque el autor le ha llamado madrigal, puesto que ni por la forma ni por el pensamiento merece semejante nombre y mucho menos por el título, que correspondía más propiamente á una fábula:

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz, leve el ala
Como linda mariposa,
Vaga amor de rosa en rosa
Mostrando viveza y gala.

Mas si una luz mira ciego,
Vuela, llega, en torno gira,
Se acerca, tócala, aspira,
Y consúmese en su fuego.

Cualquiera que haya conocido el amor encontrará fría y falsa la comparación del señor Martínez de la Rosa, y no se necesita ser un naturalista consumado para saber que la vida de la mariposa no se extingue tan fácilmente como este autor supone. ¿Quién le ha dicho á este señor, que el amor vaga de rosa en rosa, queriendo dar á entender que cambia fácilmente de inclinación? Esto, en mi concepto, es equivocar el amor con la lubricidad, es confundir ese puro y acrisolado ideal definido por Platon con la volubilidad de la materia. Los hombres que se sienten atraídos por la exageración de un impulso, que podemos llamar fisiológico, pero aspirando solo á la satisfacción grosera de la necesidad física, esos sí, caminan de flor en flor como las mariposas; pero su afición á la variedad consiste precisamente en que no conocen el amor. Al contrario, el que experimenta los efectos de esta pasión indefinible, se fija en un punto sin abandonarlo desde que el amor nace hasta que se consume en su fuego, como dice muy bien el señor Martínez de la Rosa; de modo que el amor no es el deseo instintivo, es decir, no es el hombre: este puede variar de objeto muchas veces en la vida; el otro consagra toda la vida á un solo objeto; y si alguna vez esta llama extinguida en un individuo vuelve á inflammar su corazón, debemos decir que nace, pero no que renace, porque bien puede ser idéntica sin ser la misma.

Podemos por consiguiente afirmar que el señor Martínez de la Rosa no conoce el amor, y si lo conoce, digo que es un amor el suyo muy particular. ¿Qué madrigal tan frío para consagrarse al amor! ¿Qué distinto amor debía inspirar á Cetina cuando quejándose de unos ojos airados, decía en un verdadero madrigal:

¡Ojos claros, serenos!

¡Ya que así me mireis..... miradme al menos!

Pero no es extraño que el señor Martínez de la Rosa no conozca el amor; lo extraño es que no conociéndolo trate de pintarlo. Si hay algo que mate las ilusiones más que el escepticismo es la afectación de las creencias. Es necesario que hable la fe ó que calle la lengua, esto es, sentir como los poetas ó dejar en paz á las Musas.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Hoy tenemos que escribir la historia de una semana, única en el año, la historia de la *semana dolorosa*, que en todas partes celebra, con más ó menos fervor, el orbe católico. En París, verbigracia, hay una parte de la cristiandad que rie y se divierte en esos días como en cualquiera otra época del año, y aun la misma semana santa ofrece en esta Babilonia distracciones mundanas. En París le falta al culto católico esa pompa exterior que en nuestros países interesa tanto á todas las clases; aquí no se ven esas lujosas procesiones de viernes santo que ponen en movimiento á nuestras ciudades, y aun en el interior de las iglesias el ceremonial es pobre, y solo convida á la devoción á los verdaderos fieles. Pero en cambio abundan en ellas las sacaliñas caritativas: señoras de alta alcurnia escogidas entre las más bellas, y sentadas en traje de baile á la puerta de los templos, piden limosna para los pobres con el ademán, con la mirada y con la boca. Y esta contribución hay que pagarla. Seguramente nadie siente el dinero que gasta en buenas obras, solo hay muchos que se ven obligados á dar más de lo que pueden, y esto lo que hace amargo muchas veces el placer

que se experimenta al dar limosna. Estas grandes señoras tienen exigencias insaciables y crueles, porque no piensan jamás en la altura á que podrá hallarse la fortuna del pobre contribuyente.

Un joven de esos círculos aristocráticos preso en los lazos de estas exigencias, fué á cumplir el juéves con sus deberes de cristiano, visitando los monumentos en las parroquias de las señoras que conocía, bajo pena de perder su buen concepto con una ausencia que infaliblemente le habrían echado en cara. Sucedió, pues, que á la puerta de una iglesia, la última que tenía que visitar, distinguió á una de las señoras á quien le importaba mucho dar una espléndida muestra de generosidad.

— ¡Para los pobres del barrio! le dijo con voz meliflua la señora tocando en la bandeja de plata.

El joven abre su bolsillo, saca un doblon, y lo echa en la bandeja.

— No es bastante, dijo la hermosa dama con el atrevimiento que infunde la caridad en tales ocasiones.

Y como el joven se disponía á dar otro doblon, la diestra intercesora de los pobres pegó rápidamente un golpecito con su abanico al bolsillo, que cayó y vació su contenido en el receptáculo de las limosnas.

El joven tuvo bastante fuerza de alma para sonreírse al ver su ruina, y despues de haber hecho su saludo, se volvió y se halló de cara á otra señora á quien justamente tenía interés en tratar mejor que á la primera.

Entonces adivinó las exigencias de la otra, que le habia dejado sin un cuarto, tanto por socorrer á los pobres como por quitarle la posibilidad de que se mostrara generoso con la que estaba en frente, y que también le decia con voz persuasiva y elocuentes ojos:

— ¡Para los pobres del barrio!

Pero aquí el joven tuvo un rasgo de heroísmo, pues no solamente queria agrandar, sino que queria al mismo tiempo vengarse del inicuo despojo de que habia sido víctima.

— Me han quitado todo mi dinero, exclamó; pero no hay cuidado, los pobres no perderán nada.

Y al decir esto, se quitó de la corbata un magnifico alfiler de diamantes que le habia costado quince onzas, y le arrojó con gracia en la bandeja de la segunda dama caritativa.

Dijimos ántes que la semana santa ofrece distracciones profanas, y en efecto en estos ocho dias consagrados á las mas austeras devociones del cristianismo, hay en Paris tres ferias importantes que son, la feria de los jamones, en el boulevard Bourdon; la de Longchamps, en los Campos-Eliseos, y la feria de bollos, del arrabal San Antonio.

La feria de los jamones ha sobrevivido á aquellas reuniones solemnes, á aquellas célebres ferias que en ciertos dias del año llevaban á las principales ciudades del reino á todos los comerciantes de la antigua Francia, y que en el dia son poco importantes, á causa de la revolucion que se ha operado en las relaciones comerciales. Esta feria data de tiempos tan remotos que, á decir verdad, no se conoce su origen, pues la historia no da ninguna luz que pueda aclarar la época de su establecimiento. El papel mas antiguo que la menciona es un bando del preboste de Paris de fecha 14 de abril de 1488; pero se cree con razon que la tal feria es un resto de los antiguos usos de Paris, cuando la ciudad no habia salido aun de entre los dos brazos del Sena.

En efecto, la feria primitivamente se celebraba allí en el atrio de la catedral y calles adyacentes hasta la época de la revolucion, y no sin que se quejaran repetidas veces el arzobispo y los miembros del capítulo de Paris que, aunque eran dueños de ella, no querian soportar tan cerca de su iglesia el ruido y algazara de un mercado público en los dias en que la devoción llevaba justamente á aquel sitio tan crecido número de fieles.

La feria por fin cambió de sitio, y despues de haber recorrido sucesivamente otros varios puntos, llegó al lugar designado mas arriba.

Este año, el número de los puestecillos donde venden jamones y carnes aderezadas los tocineros de las provincias mas afamadas en este artículo que hay en Francia, es tan considerable, que esta feria original á que acuden la mayor parte de los habitantes para hacer su provision anual de esta sabrosa carne, se extiende mucho mas allá de sus límites ordinarios.

No ménos antigua é importante es la otra feria de comestibles, donde se venden tortas ó bollos de una masa particular, y muy poco agradable para los paladares extranjeros, que los franceses llaman *pain d'épice*. Este producto raro, procedente del Asia, segun dicen, parece se fabricaba ya en Francia en la edad media, lo que prueba entre los Franceses un gusto acrisolado por la susodicha é indigesta masa.

De esta coleccion de ferias de semana santa, la mas notable es sin disputa la de Longchamps, en el paseo de los Campos-Eliseos. La feria de Longchamps no tiene un objeto exclusivo como las otras, pues en ella no se vende ningun producto especial, y mas bien que una feria de comercio puede llamarse la reunion de todos los espectáculos ambulantes y de todos los tenderos de callejuela que acuden al célebre paseo de Longchamps, atraídos por la muchedumbre que concurre allí en estos dias.

La tradicion de esta costumbre es muy curiosa; antiguamente se iba allí por religion, pues Longchamps ántes de la revolucion del último siglo era una abadía situada á la orilla derecha del Sena, fundada en el siglo XIII por Isabel de Francia, hermana de san Luis, en el terreno en que se halla hoy el bosque de Bolonia.

Hasta el siglo XVI, las religiosas de este convento llevaron una vida bastante austera, pero en este tiempo principiá á relajarse la regla monástica, y todo el mundo sabe que Enrique IV se enamoró allí de una joven religiosa á quien regaló la abadía de San Luis, nombrando al mismo tiempo miembro del Parlamento de Paris al hermano de aquella.

Posteriormente, cuando Luis XIV se volvió devoto, algunas señoras de la corte, para prepararse á la solemnidad de Pascuas, asistian á los oficios de la semana santa en el convento de religiosas de Longchamps. Entonces fué cuando se puso á la moda la abadía por la afluencia de gente que iba á ella el miér-

coles, juéves y viérnes santo. Sobre todo nadie queria perder las tinieblas para oír cantar á las monjitas jóvenes.

El arzobispo de Paris pensando que en esta devocion habia mas curiosidad que otra cosa, prohibió la música, y en su consecuencia la iglesia se quedó vacía, aunque no sucedió lo mismo con el paseo. El gusto de brillar, de encontrar magníficos carruajes y hermosos caballos, de hacer ostentacion de lujo y elegancia, llevó entonces al bosque de Bolonia á lo mas escogido de la corte.

En 1792, la revolucion destruyó el monasterio de Longchamps como tantos otros, pero el paseo continuó lo mismo, suministrando la ocasion de dar á luz los nuevos trajes y galas de la primavera, uso que se ha conservado hasta nuestros dias con gran contento de los sastres y modistas parisienses.

Pero este año, si la afluencia de gente ha sido tan considerable como de costumbre, como esta semana santa puede decirse que ha llegado en el corazon de un invierno tardío, las nuevas modas no han podido lucir sus primores, aunque á pesar de la nieve y de los resfriados se hayan visto el juéves y viérnes en Longchamps algunos representantes de la elegancia.

El viérnes, que es el dia privilegiado, un joven rico que lleva en Paris una vida de príncipe, como solo en Paris puede llevarse, habia convidado á almorzar á una porcion de amigos suyos. Mientras llegaba la hora del almuerzo, los convidados estaban fumando al balcon, y admirando al mismo tiempo el carruaje que les esperaba en la calle, que era una elegante carretela con cuatro hermosos caballos guiados á la Daumont por dos jockeys, con gorritas de terciopelo en la cabeza, y vestidos de seda.

El mas grave de los personajes de aquella sociedad, despues de felicitar al amigo por el buen gusto que habia tenido en la eleccion de aquel carruaje, no pudo ménos de exclamar al ver que los dos jovencillos que debian montar en los caballos delanteros estaban tiritando de frio:

— Esos dos chicos, con el tiempo que está haciendo y el traje que llevan, se nos van á quedar helados en el camino.

— No habia caído en ello, dijo el amo, pero pondré remedio.

— Veamos cómo.

— Sí, les voy á mandar que se den colorete en la cara.

Y dicho y hecho; la capa de colorete disimuló una palidez que habria podido producir un mal efecto, desluciendo el hermoso carruaje.

A eso de las cuatro de la tarde, hubo un momento el viérnes en que Longchamps dió como una muestra de lo que habrian podido ser sus galas, bajo otro cielo mas templado. En esa corta aparicion, que fué como un relámpago, se vieron muchas señoras de la alta sociedad y lo mas relumbrante del mundo dramático que quiso sin duda aprovechar del único dia de reposo que da la semana santa á los teatros. ¡Cuánto carruaje de caprichosas y variadas formas! ¡cuánta gente, pero qué poca abundancia de bonitas caras! Y no es porque no se viera colorete en otras mejillas que en las de los jovencillos postillones, pues jamás se han pintado tanto las mujeres como se pintan en el dia.

En Paris reina hoy en el sexo femenino la epidemia de parecer blancas, pero no un poco, sino mucho mas que la naturaleza misma, y con este fin se llenan la cara de albayalde, ó mas bien se echan encima una capa de polvo de arroz, de modo que un beso en uno de esos rostros debe producir el mismo efecto que si se aplicaran los labios á una blanca pared de las que hay comunmente en España.

De modas á bailes el salto no es gran cosa; lo que sí es peliagudo es pasar á Africa; pero así lo quiere la casualidad de haber recibido esta semana el dibujo que verán nuestros lectores al frente de este número.

Es tanta la preponderancia que van tomando en la Argelia los establecimientos franceses, que dentro de poco podrá decirse que aquellas posesiones merecen el título de la Nueva-Francia. Oran es una de las provincias que caminan con mas rapidez por esa via de consolidacion y de progreso. La poblacion de Oran es en mucha parte española, y no podia ménos de ser así, pues los españoles la poseyeron hasta el año de 1792. Digamos dos palabras sobre su conquista.

Oran, la antigua MADAGURUM, la patria de Apuleyo y escuela de san Agustin, se halla situada en una bahía de la costa septentrional de Africa, sobre una colina, con puerto bastante cómodo y una fortaleza que la defiende. Los habitantes del país la nombran Guharad, y en otro tiempo parece que se llamó Guisa. Los españoles se apoderaron de ella en 1509, con un ejército que levantó á su costa el cardenal Jimenez de Cisneros, y los moros intentaron tomarla, poniéndola sitio en 1556, aunque inútilmente.

En 1708 hubo que abandonarla, despues de haber sostenido un sitio de muchos años contra los moros, que recibian auxilios de los enemigos del rey Felipe V, el que á causa de la guerra de sucesion de España no podia enviar tropas, y el último socorro que partió para Africa fué inútil por la defeccion del conde de Santa Cruz.

En 1732, Felipe V recobró la ciudad, enviando un ejército de 30,000 hombres, y en efecto, el dia 1º de junio de aquel año los españoles volvieron á apoderarse de ella, y en su poder subsistió hasta la época mencionada mas arriba, que la abandonaron estipulando con la regencia de Argel, que seria en adelante privativo de España el comercio de Mazalquivir, aunque pagando por ello la suma de 442,000 reales anuales.

Oran es en el dia uno de los tres distritos militares en que está dividida la Argelia francesa, siendo los otros dos Argel y Constantina.

Como prueba de los progresos de esta colonia, nuestros lectores pueden ver el dibujo al frente de este número, y que representa una fiesta que se dió hace pocos dias en Sidi-bel-Abbes, que hace seis años era una fortificacion, y en el dia es un hermoso pueblo rodeado de magníficos plantíos, á orillas de un rio donde se ven sembradas como por encanto bonitas cassas de recreo.

La poblacion de Sidi-bel-Abbes se halla situada en el centro de la provincia de Oran, y por su posicion puede llegar á ser un punto estratégico importante, así como un buen teatro de operaciones comerciales.

Los franceses que viven en ella no han perdido, por lo visto, el gusto y el carácter nacional en la tierra africana. Lo mismo que en Paris, se ha celebrado allí el carnaval, y con su correspondiente añadidura, ó dígase baile de piñata, que es lo que se ve en nuestro dibujo.

MARIANO URRABIETA.

Epigramas.

Una obra ha dado Inés,
Os lo juro por la cruz:
Yo no diré que obra es;
Mas sí que la ha dado á luz.

M. A. PRINCIPE.

Su vida escribió Benito
A los siglos por venir.
Bien hizo el autor maldito,
Que si él no la hubiera escrito
¿Quién la habia de escribir?

M. BRETON DE LOS HERREROS.

Los diez tomos, vive Dios,
Que ha publicado Quirós
Con notas y suplementos,
Como los diez mandamientos
Pueden reducirse á dos.

Tanto quisieron tirar
Del coche del rey Fernando
Los realistas de un lugar,
Que, segura de volcar,
Iba la reina temblando.
¡Alto! Fernando exclamó;
Mas como iban desbocados,
Y nadie le obedeció,
Gritó fuertemente: ¡\$6000!!
Y se quedaron clavados.

J. M. VILLEGAS.

Produccion y comercio de flores en Paris.

Muchos millones de francos circulan anualmente en Paris, á beneficio del comercio de flores. Exceptuando el cultivo prematuro de la violeta, que regularmente se efectua extramuros de la capital, las demás flores se *calientan* en los jardines intramuros; algunas de ellas, como las rosas, pueden soportar el calor artificial, pero las lilas y las plantas bulbosas no podrian resistir tal temperatura. Por este motivo se emplea el estiércol en vez del vapor caliente, y gracias á ese abono se obtiene una temperatura suave é igual, que hace florecer las plantas ántes de tiempo.

En este ántes de tiempo está todo el problema. La poblacion parisiense no quiere esperar, y por otra parte cuando llegan ciertos dias feriados, la gente elegante no puede ménos de echar mano á los ramilletes, aunque nieve como en los Alpes. El dia de año nuevo, las fiestas de san José, de san Luis y de la Asuncion, provocan una venta de flores en proporciones colosales; despues vienen san Juan y san Pedro. En esos dias privilegiados, los mercados de flores de Paris son verdaderas montañas de rosas y de lilas, que se convierten en una multitud de elegantes ramilletes y de bonitos adornos de cabeza, que exhalan sus perfumes en los bailes.

Pero además de ese comercio activo que de Paris se extiende á una parte de la Francia, hay otro de mas salida y cuyos productos piden mas cuidado y talento; hablamos de las plantas de invernaderos y de invernáculos. Todos los años, á fines de invierno, se ven en Paris camelias, azaleas y otras flores aristocráticas, que siempre están en moda por esa época. Destinadas á brillar en los salones, nacen ya en palacios de cristal que pueden rivalizar con las moradas mas suntuosas. Para tener una idea de tales maravillas, para saber el trabajo y ciencia que hay que desplegar ántes de llegar á obtener tan buenos resultados, seria necesario ver los templos que se han elevado á la Flora moderna.

Entre los mejores invernáculos de camelias, debemos citar el de los hermanos Lemichez, situado en una de las extremidades de la capital, y que es una ver-

dadera floresta donde se disfruta de una temperatura de verano, cuando á dos pasos, en la calle, se encuentra uno en medio del invierno.

A cada paso se descubre un nuevo aspecto variado siempre, aunque los elementos sean los mismos; aquí se destacan los brillantes colores de los nacarados pétalos de las camelias, sobre el verde obscuro y lustroso de sus hojas; mas allá sus hermanas, las azaleas y los rosagos, alzan sus grupos de flores de tiernos y delicados colores sobre sus anchas y largas hojas que las sirven de pedestal, y por todas partes una verdura de esmeralda se destaca sobre las calles de limpia arena de este jardín fantástico. La sensitiva, ó mimosa deleata, confunde sus odoríficos y dorados racimos con los de la mimosa de Santa Elena, que cuelgan de la punta de sus flexibles ramas. Pero lo mas precioso del jardín, es una magnífica empalizada de camelias de cinco metros de altura y sumamente larga, única quizás en el mundo, pues en ella se descubren todos los colores, todas las variedades de esa hermosa flor: allí se ve el rojo mas brillante, casado con el blanco mas puro, y con el rosa



Invernáculo de M. Lemichez en París.— Empalizada de camelias.

claro, sin saber uno si debe admirar mas el brillo de los colores ó la ciencia que manifiesta la disposicion en que se hallan las plantas.

El comercio de plantas de París abraza una extension considerable, pues no solo los departamentos, sino la Inglaterra, la Rusia y la Italia, piden á París esas hermosas variedades, que los jardineros de la capital han sabido multiplicar á lo infinito, y aun el Nuevo Mundo recibe tambien de París plantas que primitivamente nacieron en su suelo, y que la Francia le devuelve hoy perfeccionadas y embellecidas por medio del cultivo.

Largo por demás seria nombrar aquí los jardineros dedicados á la mejora de esas plantas de lujo, que serán siempre el mejor ornato de los salones. La sociedad de horticultura del Sena, en el concurso que se acaba de verificar, y cuya exposicion está llamando en este momento la atencion de los aficionados, ha concedido cincuenta y ocho premios, habiendo sido los señores Lemichez unos de los primeros agraciados.

En esta brillante exposicion se han visto además de las flores varios objetos de arte y de industria relativos á la jardinería.



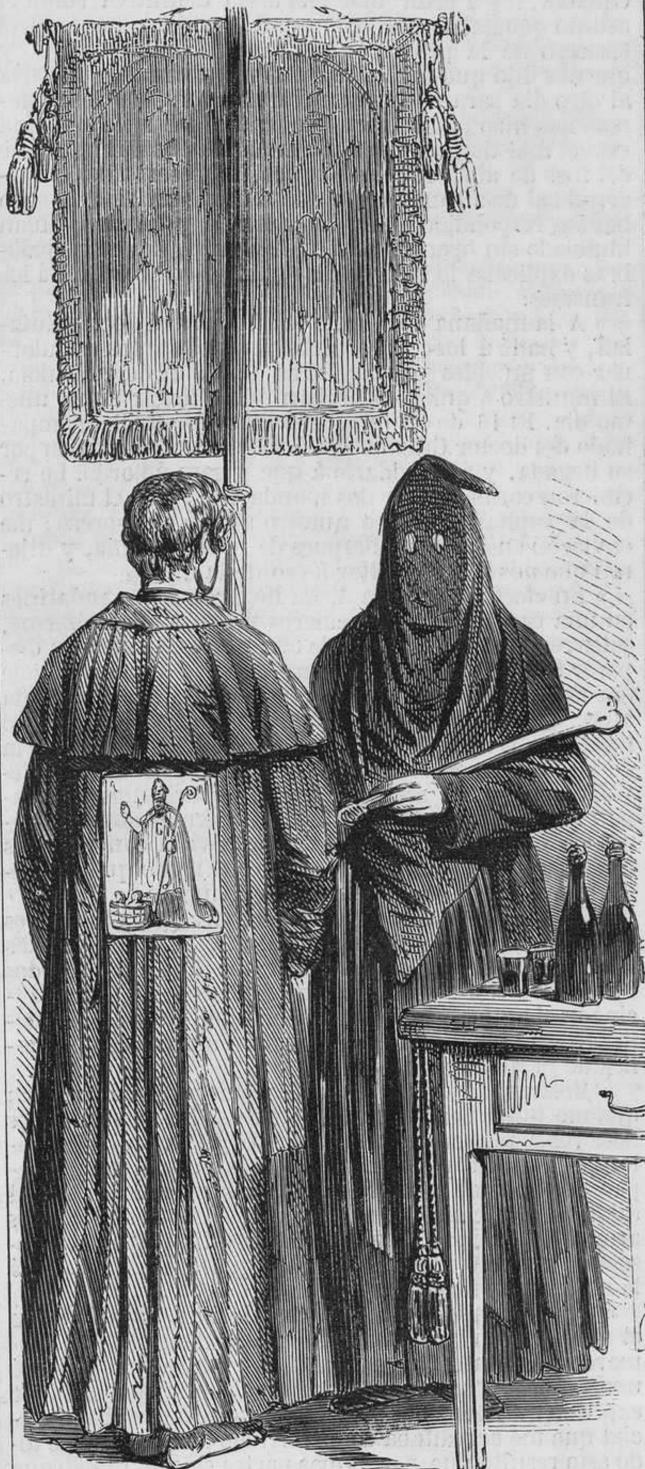
El Estanque.

Francia pintoresca. — Trajes del Delfinado.



Mujer de la Vallouise.

sosteniendo por un costado algunas correas de las cuales penden los siguientes objetos; una bolsa de dos hojas sobrepuestas para guardar por un lado el dinero y por el otro agujas y alfileres, motivo por el cual dan á dicha bolsa el nombre de *alfiletero*; un dedal, la llave del baul, unas tigras y una navaja ó cuchillo para los oficios de la cocina. El sombrero, de grandes dimensiones, es de fieltro negro ó de paja, adornado con cintas de terciopelo negro, verde ó escarlata, y sirve tanto para preservarse del sol como de la lluvia, que es muy comun en aquel clima. Tiene además en el cuello una cruz gruesa y aplastada, que suele ser de plata, suspendida por una cinta negra.



Penitente negro y porta-estandarte.



Aldeana de Queyras.

Nuestros lectores recordarán que en uno de los números últimos de nuestra publicacion dimos algunos grabados y detalles sobre los trajes y costumbres de la Saintonge. Hoy como si continuásemos aquella revista pintoresca, ofrecemos muestras no ménos interesantes y curiosas de lo que al viajero observador presenta esa importante parte de la Francia que lleva el nombre de *el Delfinado*. Nuestros grabados de hoy representan:

1º Una mujer de la *Vallouise* con su cofia guarnecida de encaje blanco bastante ordinario, aunque no tanto como en otro tiempo, que se acompaña de un tegido de cerda. Lleva pañuelo y delantal blanco sobre un vestido de paño verde con vueltas en los puños y en la mitad de la manga. Una cadena de alambre rodea su cintura,

duda instituida bajo el punto de vista de las ceremonias fúnebres. Todo el traje, como vemos, corresponde bien al nombre exceptuando el cordon blanco que ciñe la cintura. Nada hay mas lúgubre que esta comunión cuyos miembros llevan por lo comun plegada la capucha, cubriéndose solamente la cara, como indica el dibujo, cuando hace frio ó conducen los muertos á la última morada.

He aquí mas detalles acerca de esta cofradía: Hay en ella sus *maestros de ceremonias*, y solo estos tienen el derecho de llevar un hueso *femur* en la mano como signo de su dignidad. El *director* no puede hacer uso de esta insignia, y los que la llevan no la emplean sino en los entierros y demás oficios fúnebres.



Briansonesa. Vestido ordinario.

2º Una aldeana de *Queyras*. Cofia blanca: cinta negra al cuello sujetando una cruz de plata; pañuelo blanco sobre una camisola de la misma tela que el vestido, y ribetada con una cinta verde; corpiño y manguitos de paño negro ó castaño-oscuro, siendo las mangas de color de rosa; por último tiene el delantal azul ó de color de lila y las medias negras.

3º Una briansonesa, con el gorro de diario llamado *corneta*. Este tiene por objeto, mas que el adorno, el preservar las orejas del frio, y suele hacerse de muchas telas, pero regularmente es de paño ó de indiana de color claro. Respecto á lo demás del traje hay algunas variedades en la forma y muchas en los colores.

4º Una aldeana de mediana fortuna, pero briansonesa tambien, con su traje de domingo. Este en realidad no ofrece nada que sea característico si no es la parte superior de la cofia. El gorro es blanco de muselina rayada, bordado y guarnecido con una puntilla. Una cinta generalmente azul ó encarnada sujeta el gorro por la parte superior y viene á formar un gracioso lazo en la frente. Una cadena de oro que da cuatro vueltas al cuello sostiene una cruz del mismo metal. Pañuelo al pescuezo de varios colores; vestido de paño verde y delantal blanco de muselina.

En cuanto á los personajes del centro hablaremos mas despacio.

La corporacion de los *penitentes negros* ha sido sin



Briansonesa. Vestido de fiesta.

La mujer del director no lleva nada extraordinario, limitándose á ponerse el mejor de sus trajes cuando la dan el cirio, el día que su esposo entra de servicio, el Juéves-Santo y los días de procesion.

En la noche que sigue á una defuncion, los penitentes van á cantar el *de profundis* y el *miserere* á la puerta del difunto, y la ceremonia se termina con unas cuantas libaciones á costa de la mujer, hijos ó herederos del muerto.

Debe notarse que no son generalmente los hombres mas sobrios los que componen esta hermandad. No dirémos que pertenezcan á ella todos los aficionados á Baco, pero podrian serlo en este país, atendiendo á que el número de hermanos no está limitado por los estatutos, y no hay la mayor circunspeccion en las recepciones. Tampoco quiere decir esto que no haya en la cofradía hombres de muy severas costumbres.

Por lo demás, si los penitentes negros han echado raíces en ese clima húmedo, es porque los penitentes blancos serian imposibles. No pudiendo conservar mucho tiempo la ropa blanca limpia, han querido mejor inspirar el miedo que la repugnancia.

El porta-estandarte viste un traje de paño azul que le cubre de piés á cabeza, y no decimos que desde el sombrero á los zapatos, porque no lleva lo uno ni lo otro. Véese en su espalda una lámina iluminada que representa la leyenda de san Nicolás.

La Cochinchina.

En abril de 1847 dos buques de guerra franceses la fragata *Gloria* y la corbeta la *Victoriosa*, se hallaban en la bahía de Tourane. Como los mandarines habian manifestado intenciones hostiles contra las tripulaciones de estos dos buques, el comandante Lapierre dió orden de romper el fuego, y el concluir con los buques cochinchinos que estaban en el puerto habia sido obra de un minuto. La noticia de este incidente produjo en Francia poca impresion, porque llegó en una época de trastornos políticos que tenian embargados todos los ánimos; pero en las regiones del Asia occidental no pudo mirarse con descuido la sangrienta escaramuza que habia sostenido el pabellon francés contra la Cochinchina. En efecto, en la cuestion se cruzaban grandes intereses; primeramente, el interés de las misiones católicas, cuya propaganda erizada de escollos, se veia comprometida por el cañon francés, y luego el interés del comercio de la Francia y de su influencia política, porque hubo un tiempo en que se honraba mucho el nombre francés en el imperio de Anam, y aun en el día el recuerdo del obispo de Adran y de muchos mandarines franceses que fueron admitidos en la corte del emperador Gya-Long, no se ha borrado hasta el punto de que un día ú otro la Francia halle fácil acceso en un país que debe abrirse, lo mismo que la China, al comercio europeo.

Los ingleses que no desaprovechan ninguna ocasion de extender sus relaciones con los pueblos asiáticos, experimentaron naturalmente una viva satisfaccion al saber los resultados de una lucha que debia destruir el prestigio de la tradicion francesa en Cochinchina. Sir John Davis, gobernador de la colonia de Hong-Kong, recibió la orden de pasar á Tourane para manifestar el disgusto con que la Gran Bretaña habia visto lo acaecido, y para proponer al mismo tiempo un tratado de comercio. Este paso no dió resultado alguno, pues todo se redujo á cumplimientos y reverencias por ambas partes, y sir John Davis despues de una corta permanencia en Tourane, tuvo que volverse lo mismo que habia ido. En una obra que este M. Davis ha publicado últimamente, intitulada: *China during the war and since the peace*, hallamos los siguientes pormenores de sus entrevistas con los mandarines, á cuyo beneficio podemos apreciar las costumbres oficiales de ese país:

« Deseoso, dice, de conocer la impresion que habia producido en Cochinchina la expedicion de dos buques franceses, la *Gloria* y la *Victoriosa*, y con autoridad para ello, salí en octubre de 1847 para Tourane, con dos buques de guerra que puso á mi disposicion el contra-almirante Inglefield, la corbeta de vapor *Vulture*, su capitán M. Dougall, y el bergantin *Ringdove* mandado por M. Clifford. La estacion era favorable para bajar el mar de China, pero en cambio era muy mala para permanecer en Cochinchina, pues era la estacion de las lluvias y de los huracanes.

» El 9 de octubre llegó el *Vulture* á la entrada de la bahía de Tourane, entrada que tiene unas cuatro millas de ancho, abriéndose entre la península de Thien-Cha á la izquierda, y la tierra alta de Collao-Cham á la derecha. En este último punto han montado una batería muy inútil, porque los buques pueden pasar sin llegar al alcance de sus tiros. La vista de nuestras embarcaciones produjo evidentemente una grande agitacion, si hemos de juzgar por las numerosas señales que se hicieron de una montaña á otra por medio de luces. Al principio desconfiaron tanto de nosotros, que nadie se atrevió á venir á bordo; pero al cabo hubieron de tranquilizarse cuando descubrieron que llevabamos el pabellon inglés y no los colores franceses. Habian montado una batería en la cúspide de la península que rodea el puerto, y se veian comenzadas otras construcciones á la falda de la montaña. Tambien estaban fortificando el islote que los franceses han llamado *isla de la Observacion*, y el lado Este del puerto.

» Al día siguiente de nuestra llegada, un oficial su-

balterno se atrevió á venir á bordo, y nos dijo que se habia enviado á decir á Huefou (la capital) que habian llegado nuestros dos buques, y que dentro de cuarenta y ocho horas, á lo mas, tendríamos la respuesta, pero añadió que, sin una orden expresa, no se atreveria á recibir una carta para el ministro. Así pues, tuvimos que enviar á tierra nuestra carta, que fué á parar á manos de un personaje cuyo carácter oficial se descubria en su palanquin y quitasol. Entónces principiá á llover con fuerza, de modo que durante dos días no pudo haber comunicaciones con la orilla. El 12 de octubre fué á tierra el doctor Gutzlaff, donde le dispensaron una buena acogida, trayéndose luego á bordo un mensaje de los oficiales de Tourane donde nos prometian todo cuanto estaba en su mano para distraernos mientras llegaba la respuesta de su superior.

» El 14, el capitán Dougall, acompañado del doctor Gutzlaff, fué á pedir una respuesta definitiva sobre el asunto que habia motivado nuestro viaje, y nos trajo el tesorero de la provincia que pasó una hora á bordo y que nos dijo que probablemente el gobernador llegaria al otro día para ponerse en relacion con nosotros; además nos hizo presente que la causa del retraso habia sido el mal tiempo; y por último hablando del incidente del mes de abril con los buques franceses, tuvo la ingenuidad de afirmarnos que los buques cochinchinos no habian respondido al fuego enemigo, y que se habian inmolado sin oponer resistencia alguna. Con estas palabras explicaba lo fácil que les habia sido el vencer á los franceses.

» A la mañana siguiente fué á tierra el doctor Gutzlaff, y halló á los cochinchinos muy ocupados en adornar con muebles y colgaduras el salon de audiencia. El ministro á quien esperaban debia llegar aquel mismo día. El 16 de octubre, el capitán Dougall, acompañado del doctor Gutzlaff fué á felicitar al mandarín por su llegada, y á convidarle á que pasara á bordo. Le recibieron cordialmente dos mandarines, uno el ministro de la capital, y el otro nuestro amigo el tesorero; me enviaron sus tarjetas, despues de recibir la mia, y dijeron que nos irian á visitar á eso de la una.

» En efecto, á la hora dicha llegaron los mandarines en una canoa con doce remeros vestidos de uniforme, y los recibimos con el saludo chino, que consiste en disparar tres cañonazos y con un piquete de honor. El jefe era un hombre pequeño de cuerpo, de unos cincuenta años; el otro era mas grande, aunque su estatura no llegaba á la ordinaria de los europeos, lo mismo que la de los marineros cochinchinos. Ambos mandarines llevaban vestido de seda con flores, y turbantes de crespon negro. En vez de hablar de nuestro asunto, quisieron ceñirse en aquella primera entrevista con nosotros á una simple visita de ceremonia, de modo que las negociaciones se dejaron para el día siguiente.

» En este concepto, el 17 de octubre, fui yo con los capitanes Dougall y Clifford y una escolta de guardias marinas, al desembarcadero, donde hallamos los dos comisarios vestidos con sus trajes de ceremonia, es decir con el antiguo traje de la China ántes de la conquista tártara, y que en el día no se usa sino en las ocasiones de gran gala.

» Mostráronse sumamente respetuosos por la mision que me habia señalado S. M., esto es, hicieron grandes honores á mis credenciales, que depositaron en un palanquin dorado y cubierto de adornos que habian preparado para el caso. Yo fui con ambos mandarines al salon de recepcion, por medio de dos hileras de soldados armados de lanzas, y ví que habian dispuesto para nosotros una fiestecita cochinchina, que debia preceder á la entrada en materia.

» Terminada la fiesta, los mandarines manifestaron el deseo de enviar á la capital mis credenciales, que tomaron por una carta ordinaria, incidente que provocó una discusion bastante prolongada, en la cual debí yo explicar que no podia desprenderme de aquel título oficial que me acreditaba como enviado de S. M.; y de todo esto resultó que por ambas partes se convino en que para llevar á buen fin las negociaciones, era necesario que yo me pusiese en relacion, en la capital, con los mandarines mas allegados á la persona real.

» Los comisarios, sin embargo, me hicieron la observacion de que hallándonos en la estacion de las lluvias, un viaje de cincuenta millas presentaba muchas dificultades; pero yo respondí que sabia vencer esos obstáculos, con el honor de presentar al rey mis respetos, y con la esperanza de anudar entre los dos países relaciones mas estrechas que las que existian. Los mandarines citaron como precedente una carta que llevó á bordo en 1845 el vapor *Phlegethon* de parte del gobernador general de la India (1), pero yo me apresuré á probarles la diferencia que existia entre una carta de la India enviada simplemente á Tourane, y unas credenciales de la reina, autorizándome para concluir un tratado en la capital. Al cabo comprendieron la distincion, y me dijeron que enviarían á Huefou para obtener un permiso del rey, á fin de que pudiera yo llegar hasta su persona, pero añadieron que querian que les explicara en chino el objeto de mi cometido, para no incurrir en la desgracia del monarca, deseo que satisfice al punto. La conferencia duró tres horas, y al cabo de este tiempo nos embarcamos como habiamos venido, esto es, acompañados por los mandarines hasta los botes.

La lluvia cochinchina (esto es, una verdadera cascada) siguió cayendo con tal violencia, que todo paso

(1) En esta carta se daban gracias al rey por la proteccion y ayuda que habia prestado á dos buques mercantes.

era imposible. Cuatro dias despues de la conferencia, viendo que el asunto se retardaba demasiado, envié á los comisarios una nota especial, por medio del doctor Gutzlaff, reclamando una respuesta escrita; pero en tanto que el doctor estaba esperando que le recibieran, ellos me mandaron un billete pidiéndome otra entrevista, al que contesté refiriéndome á la nota que acababa de transmitirles.

» M. Dougall fué á tierra, y condujo las cosas con su viveza acostumbrada, de modo que los comisarios me respondieron, dándome muchos pretextos para disculpar el retraso de la correspondencia con la capital, y pidiéndome un nuevo plazo. Tambien supe que se disponian á enviar varios regalos á nuestras tripulaciones, siendo así que ellos manifestaban la mayor repugnancia en tomar algo nuestro, y queriendo mantener estrictamente el principio de reciprocidad, les hice saber por medio de una carta muy afable, « que nos alegraríamos mucho de recibir sus regalos *en cambio* de los nuestros. » Y en efecto, el 22 de octubre tuvo lugar el referido cambio.

» El 23 fuimos á distraer el ocio visitando las montañas de mármol situadas á unas seis millas del fondeadero, subiendo el rio de Tourane. Estas montañas, formadas de un conjunto de rocas de mármol, se elevan sobre una llanura de arena que se extiende entre el rio y el mar, y se hallan cubiertas de árboles y de vegetacion. Muchos frailes habitan en ellas. En el camino encontramos las casas de los mandarines, quienes nos dieron un guia. Hay cinco montañas de rocas, una de ellas contigua á la mar, que contiene magníficas grutas ó galerías naturales donde hay templos consagrados á Buddha. La mas hermosa de estas grutas forma una especie de panteon, cuya cúpula tiene cerca de ochenta piés de alto. El pavimento, que es circular, tiene setenta piés de diámetro, y se halla enlosado. Se entra en esta gruta por una galería donde se encuentran algunos escalones de trecho en trecho. Como llovía mucho, nos vino bien ponernos al abrigo del agua en el interior de las montañas de mármol, donde habriamos debido permanecer mas tiempo, pues á la vuelta nos cogió un huracan espantoso, que hizo muy penosa nuestra marcha. A la mitad del camino nos encontramos con dos barquillos cubiertos que nos enviaban los mandarines.

» Cuando llegamos á casa de estos, vimos que reinaba completamente el typhon, nombre que se da á los huracanes muy frecuentes en aquellos sitios. Nuestros amigos cochinchinos nos hicieron permanecer en tierra, y nos dispusieron todo lo necesario para que pasáramos la noche. Estuvimos bastante inquietos por nuestros buques, pues el typhon era tan violento, que á eso de las cuatro de la mañana echó por tierra todo un lado de la casa en que nos hallabamos. Al amanecer, los mandarines no querian aun que nos fuéramos, pero nosotros nos aprovechamos de un momento en que cesó el huracan para volver á bordo: ambos buques habian resistido al furor de la tormenta.

» El 25 nos enviaron los mandarines un intérprete para anunciarnos que á la una vendrian á visitarnos. Nuestras entrevistas anteriores nos habian dejado ya muy pocas esperanzas de que nos permitiesen el pasar á la capital. En efecto, los mandarines, despues de haber repetido su primer argumento, de que con las lluvias los caminos se habian puesto muy malos, nos dijeron que no habia ejemplo de que el rey hubiese recibido á ningun enviado. Los cochinchinos temian sin duda descontentar á los chinos. Además, nos recordaron por segunda vez, que en 1845 el gobernador general de la India envié su carta á Huefou; yo me limité á reiterarles mi respuesta sobre el carácter de mis credenciales, que no podia entregar sino al rey en persona.

» Los mandarines me dijeron entónces que el rey nos habia enviado varios regalos, y que fuésemos por ellos á tierra. Estos obsequios habrian debido traérsenos á bordo, y yo no me habria parado en estas formalidades, si ántes no hubiese habido una reñida discusion acerca de varios regalos que les quisimos encargar para el rey, y que ellos no quisieron tomar de ningun modo. Yo deseaba, pues, establecer en principio, que los regalos no pueden aceptarse si no hay reciprocidad en ellos, y entónces descubrí el enigma: parece que los mandarines tenian orden de no recibir nada en nombre del rey. La cuestion quedó resuelta al punto. Cuando se trata con pueblos medio civilizados, hay que parapetarse contra sus exigencias, y hay que disputar el terreno palmo á palmo.

» Sin embargo de esto, nos separamos amistosamente, y es de presumir que producirán los mejores resultados la urbanidad y moderacion que se desplegaron por ambas partes.

» Las lluvias que seguian cayendo sin interrupcion nos suministraron un pretexto plausible para no ir por tierra á la ciudad de Huefou, situada sobre un riachuelo que no habrian podido subir nuestras embarcaciones. Para intentar el viaje seria necesario llegar á la costa en abril, y dirigirse á la capital por el rio en un vaporcillo ligero.

» La guerra de los ingleses con la China ha producido una doble ventaja al emperador de Anam. Antes los buques cochinchinos no podian entrar sino en los puertos de Canton y de Amoy, pero el tratado de Nankin les ha abierto otros tres, así como á los demás buques extranjeros, y son Ningpo, Shanghai, y Foochowfou. Además, despues de la guerra, la China ha adoptado una política mas conciliadora con la Cochinchina; el rey no tiene ya que pagar tributo, pero quizás es con la condicion de que rompa toda clase de relaciones con los europeos. »

Recuerdos de la Saboya.

LA AVALANCHA DE ARGENTIERES. — EL VALLE DE DORAN Y LA PIEDRA DE LA VALLIERE.

Las poblaciones que habitan en terrenos montañosos, son célebres por la persistencia del espíritu religioso que hay en ellas, espíritu tanto más intenso cuanto más recóndito y apartado es el valle. La Auvernia, en Francia, y luego la Suiza y la Saboya, son una prueba palpable de lo que decimos, aunque sin embargo, en estos países y con particularidad en la Saboya, hay una causa permanente que tiende a alterar el sentimiento tradicional, y es el movimiento de la población masculina, de la cual una buena parte emigra todos los años en dirección a los grandes centros de actividad, tales como París y Lion, para buscar en ellos ocupaciones lucrativas, que al cabo de algunos años de economía y de trabajo produzcan lo bastante para volver a la tierra natal con algo de dinero, cosa tan rara en esos países. Cuando los emigrados vuelven a sus valles, llevan con sus ahorros las ideas nuevas que adquirieron en su permanencia en las grandes ciudades, y las esparcen entre sus paisanos. Antes se sometían, hoy discuten, y por esto, a juzgar por las señales exteriores, el progreso negativo ha sido muy rápido después de algunos años. Antiguamente los domingos mientras duraban los oficios divinos, no solo todas las tiendas, sino todas las casas estaban cerradas, y habría sido muy difícil hallar un grupo de dos personas hablando en la plaza de la iglesia; el viajero no habría podido lograr tampoco que le dieran carne un viernes ó un sábado, si se exceptúan algunas posadas en las líneas principales del tránsito. Todo esto ha cambiado mucho.

Como consecuencia de la distinta emancipación intelectual en las dos partes de esas poblaciones, se notan en un mismo lugar las opiniones y contrastes más raros entre el descuido ó el rigorismo en las prácticas religiosas, y esto no solo se nota entre los individuos, sino entre una localidad, y lo que la sigue, verbigracia, en tanto que en las ciudades y pueblos de alguna importancia, los hombres, siguiendo una costumbre inmemorial, se emborrachan el domingo y los días festivos en la taberna; en tanto que los jóvenes hacen quizá otro tanto en el café jugando al billar, y en tanto que los mozos se reúnen a bailar con las muchachas, a media hora más arriba en la montaña, las más inocentes diversiones, se hallan anatematizadas como obras del diablo. Hace mucho tiempo un honrado saboyano que después de haber vivido algunos años en París se había vuelto a labrar sus tierras, se divertía los domingos después de la misa en tocar el violín lo poco que sabía, a veces para que bailaran las muchachas del pueblo. Pues esto produjo un gran escándalo entre las matronas de aquellos lugares, que se quejaron y denunciaron el delito, de tal modo, que el pobre violinista aburrido arrendó sus bienes, y se volvió a París a ofrecer su antiguo oficio de mozo de esquina.

La triste existencia que llevan las mujeres en esos parajes, explica el desarrollo, en muchas excesiva, que el espíritu religioso toma en ellas. Viviendo en casas aisladas y diseminadas acá y acullá por la montaña; confinadas en el interior de miserables chozas, en cuartos bajos y oscuros, que por lo regular no tienen otra luz que la que penetra por una claraboya; cansadas por sus duras tareas, y sufriendo crueles privaciones, con el frecuente espectáculo a la vista de chiquillos, enfermos ó ancianos achacosos, no es de extrañar que, volviendo con ardor sus pensamientos hacia el cielo, desde el fondo de esas aflicciones y miserias, como a un refugio contra sus males y pesadumbres, no es de extrañar, decimos, que lleguen a veces a considerar la vida como una carga demasiado pesada.

En apoyo de esto citaremos un ejemplo que me viene a la memoria. La aldea del Tour, la más alta del valle de Chamouny no tiene iglesia, de modo que sus habitantes se ven obligados a pasar a Argentieres, que está a tres cuartos de legua de distancia, si no quieren quedarse sin misa. En el invierno este paseo es muy incómodo, y aun hay veces que es peligroso cuando la nieve acumulada en las montañas se desprende en grandes témpanos hasta el valle. Hace tres años, al principio de la primavera, hubo un domingo en que los habitantes de la aldea debieron renunciar a ir a Argentieres, porque el estado de las nieves acumuladas entre estos dos puntos amenazaba ruina. Sin embargo, una de aquellas aldeanas se empeñó en ir a misa. En efecto, lo hizo así, pero al salir de la aldea, se encontró con uno de los montañeses más conocedores del valle, que quiso disuadirla de su designio, diciéndola que estaba seguro de que no se pasaría aquella mañana sin que se desprendiese la grande avalancha del lado de Argentieres.

— ¿Y qué le hace? dijo con sencillez la pobre mujer; la vida de poco me sirve; mi hijo hace diez años ya no me necesita, y sé que mi marido es un buen hombre que sabrá cuidarle, Dios puede llamarme cuando quiera.

Y a pesar de su justa confianza que tenía en los pronósticos del montañés, se puso en camino tranquilamente; pero al acercarse a Argentieres se desprendió de las alturas una inmensa avalancha que la dejó sepultada en medio del valle.

Quizás la instrucción religiosa que dan los curas ó los vicarios de esos valles aislados no tiene la buena dirección que sería de desear, visto el estado y las necesidades de la población. Y sin embargo, la mayor parte de esos sacerdotes son léjos también de las mismas chozas y

desde su infancia han sufrido dolores y privaciones, conocen a fondo el mal, y mejor que nadie deberían saber los consuelos más propios a tales miserias. Pero regularmente no salen de su rutina, y más bien espantan que consuelan. En vez de esforzarse por animar unas almas aletargadas con las duras pruebas de la indigencia, las constriñen y afligen más y más con la perspectiva del fuego eterno del infierno. Así sucede que entre los habitantes de los Alpes que llevan una vida tenaz, si hay algunos que vuelven sus miradas al cielo con esperanza, no es a consecuencia de haber cumplido con la observancia del deber, sino porque se hallan con la conciencia tranquila por haber llenado todas las minuciosidades que una rígida devoción les impone. Por esto y nada más se prometen libertarse de las llamas del infierno y de la rabia de los demonios, cuyo terror les persigue hasta el punto de tenerlos delante en todas partes, por la noche de ronda por sus casas, y sobre todo reunidos en cuadrillas en las cúspides de las montañas, donde celebran sus fiestas infernales. Los pastores aseguran haberlos oído muchas veces; otros dicen que los han visto, y cuentan injenuamente que son velludos, con cuernos y con patas de cabra.

Todo el que ha visitado la Saboya y ha estudiado de cerca las poblaciones de los valles, ha pedido recoger numerosas pruebas de esas supersticiones, hijas de la falsa dirección de la enseñanza religiosa. Voy a citar un ejemplo, para manifestar como ese exceso puede degenerar en locura.

Era a fines del otoño último, y hallábame yo en un pequeño valle bastante elevado, perdido entre los picos que dominan la población de Sallanches. Este valle llamado de Doran, tiene la forma de un anfiteatro cerrado todo él por altas rocas verticales, excepto por el lado del valle de Sallanches donde está casi cortado a pico en la montaña. Un camino abierto en la roca, gracias a la industria de aquellos habitantes, facilita su entrada, y hay en él algunos caseríos que se habitan únicamente en el verano. Cuando yo fui, ya los pastores habían bajado hacia tiempo, y esa soledad presentaba un aspecto sombrío. El montañés que me servía de guía en una excursión de que hablaré más adelante, me iba nombrando con la erudición de un cazador de gamuzas los picos principales que veíamos; las crestas, los campanarios, las lanzas, etc.; y después mirando desde la altura al valle, proseguía su interminable nomenclatura que yo ni siquiera escuchaba. Sin embargo en medio de aquella gerigonza me llamó la atención el nombre de *pedra de la Valliere*, con que designó un pico aislado que estaba allí en frente.

— ¿Y por qué le llaman así? le pregunté.

— Porque ahí aconteció una triste aventura con una mujer cuyo cadáver quedó junto a la piedra.

Esa aventura siniestra acaecida a una mujer en semejante sitio, la coincidencia de aquel nombre tan inesperado en un desierto, con el de la tierna duquesa que enterró en un claustro su amor por un rey, todo parecía buen argumento de un drama melancólico, cuyo fondo sería un desgraciado amor. Pero nada de eso era, según la narración que me hizo el montañés.

Hace muchos años, me dijo, vivía una mujer muy devota en una casa aislada, perteneciente a los Vallier, la misma que se halla hoy sobre el convento de las hermanas de San José que hemos visto viniendo de Sallanches, la cual mujer se había empeñado en ejecutar a la letra los preceptos que oía en los sermones, aunque como es natural, había mucho que no hablaban con ella ni remotamente. Verbigracia, cuando el señor cura predicaba contra las mujeres que gastan en acicalarse, (y entonces había jueces, pues solo se contaban en Sallanches tres que llevasen sombrero, lo que no es hoy así), contra las perezosas, contra las colorronas, y contra las golosas, la pobre mujer se veía en el mayor apuro, porque sin tener ninguno de estos vicios, aumentaba sus penitencias de día en día como si hubiera sido la más miserable de las pecadoras. Un domingo el señor cura predicó más fuerte que de costumbre sobre el valor que era necesario desplegar para combatir las tentaciones del demonio, y puso por ejemplo la tentación de Jesucristo, al cabo de cuarenta días de ayuno que el Señor había pasado en el desierto. Nuestra devota concibió al punto la idea de hacer otro tanto, y de vuelta en su casa habló del proyecto en cuestión a una persona de su familia, la que no prestó la mayor atención, porque consideró la cosa como una habladería.

Sin embargo la pobre mujer hizo sus preparativos, y figurándose que no podría permanecer cuarenta días sin comer nada absolutamente, se imaginó que tendría bastante para subsistir con cuarenta granos de cebada, que se llevó en una cajita, al desierto que ella eligió, que fue el valle de Doran, muy solitario entonces, pues no era la estación en que puede habitarse. Sus parientes cuando la echaron de menos al otro día, se pusieron al punto a buscarla, y averiguando que había pasado aquella tarde por el lado de Doran, fueron allí, pero todas sus pesquisas no produjeron resultado alguno. Además en la noche del domingo cayeron tres pies de nieve en las alturas, de modo que solo tres meses después se halló su cuerpo detrás de la piedra del valle de Doran, y en una faltriguera de su vestido se encontró la cajita con los cuarenta granos de cebada. Desde entonces se llamó esa piedra con el nombre de la Valliere.

Puesto que he mencionado el valle de Doran, añadiré aquí algunos pormenores que podrán servir a las personas que se detengan un instante en Sallanches, yendo a visitar el valle de Chamouny. Después de los picos del Buet y del Brevent, Sallanches y las montañas que

le rodean son el verdadero punto de observación, e *belvedere* desde donde se puede contemplar mejor la cadena del Monte-Blanco. Pues los viajeros se dan tanta prisa a llegar a Chamouny, que apenas se definen en Sallanches desde donde podrían ver el Monte-Blanco, y se van al Prieuré, desde donde le pierden totalmente de vista. A lo menos en el primer punto se ven los hombros y el cuerpo del gigante, y en el segundo, pigmeos arrastrándose a sus pies, no le descubren sino hasta la cintura. Esa manía injustificable es causa de que Sallanches y San Martín se vean reducidos a simples relevos de posta, y de que ese valle cuyo camino es tan frecuentado por los viajeros de la Saboya y de la Suiza, sea también uno de los más desconocidos. Y sin embargo nada puede imaginarse más variado y pintoresco que las verdes montañas cubiertas alternativamente de bosques, de aldeas y de casas que se extienden a derecha e izquierda por detrás de Sallanches, comprendiendo las poblaciones de San Roque, Cordon, Domency, y Combloux. Los encantos silvestres que presentan a cada paso, reúnen la preciosa ventaja de que el viajero disfruta siempre en ellas de la perspectiva de un hermoso valle, con las inmaculadas nieves del Monte-Blanco, que están allí como formando un límite imponente. Podría escribirse todo un tomo sobre ese paseo, pero nuestra ambición no es esa; queremos únicamente señalar aquí a los aficionados a trepar por las montañas, el pequeño cuanto interesante valle de Doran, y una de sus cúspides desconocida aun, la *punta de Arreu*, desde donde se descubre un magnífico panorama, y no que el viajero tenga que cansarse mucho para llegar arriba.

Al salir de Sallanches, inmediatamente después de la iglesia, se principian a subir las colinas de la aldea de San Roque, se llega por la derecha a Burzier, y atravesando algunos arroyos y varias praderas pantanosas, se descubren en un montecillo habitado, lleno de malezas y llamado *Combe à Four*. De allí, subiendo a la izquierda, unas cuevas de césped, formadas con los desmoronamientos de las piedras, ya no hay más que seguir un sendero que conduce a unas murallas calcáreas verticales a cuya espalda han abierto a pico un pasaje que, antes de estar trabajando como lo está hoy, se llamaba *las Curvas*, y que era casi impracticable. Media hora más arriba está el valle de Doran, encerrado como hemos dicho entre elevados picos, y en forma de herraduras. Su extremo izquierdo concluye en un grupo de rocas, y el derecho acaba en la *punta de Arreu*, especie de torre calcárea con una cúspide aguda de musgo, y separada de la cadena por una larga y profunda grieta. En el fondo del valle se alza una imponente pirámide llamada el *Monte Florido*, por las sales cristalinas que brillan en los cortes de sus piedras. Esta montaña, que es la más alta de todas las que hay por aquella parte, y la última que descubre el viajero a sus pies cuando sube al Buet, es enteramente inaccesible por el lado del valle de Doran; solo se puede llegar a ella por la espalda de *los Hornos*, y aun por aquí es penosa la subida. La grieta ó barranca al Oeste de la punta de Arreu, baja entre las rocas como una calle derecha y empinada, y por una de esas ilusiones que con tanta frecuencia se experimentan en las montañas, se ve tan cerca, que cree uno poder entrar allí en cinco minutos y subir hasta lo último en otro tanto, cuando a lo menos, hace falta hora y media.

El 11 de noviembre, cuando nos hallábamos a la boca, dos gamuzas asustadas al vernos echaron a correr hacia arriba, y a pesar de su ligereza, por lo que tardaron en llegar a la mitad, pudimos convencernos del camino que había. En la mitad se pararon las gamuzas, y se pusieron a mirarnos, como acostumbra, hábito fatal, pues los cazadores expían ese momento para tirar sobre ellas. Pero al punto siguieron su ascensión, y un cuarto de hora después las vimos al borde de las crestas, como dibujándose en el cielo. Desde aquel punto nos miraban otra vez con la mejor atención mientras recobraban el aliento, y como nosotros continuábamos la subida paso a paso, sin duda hubieron de temer alguna maquinación de nuestra parte, pues aun abandonaron aquellos picos, y fueron a ocultar su melancolía en algún sitio más recóndito.

Subiendo enteramente la barranca llamada la *Forcle*, se llega a un terraplen calcareo desde el cual se puede bajar al valle del *Reposoir*, que se abre cuatro leguas más allá sobre Cluses. Para subir la montaña de Arreu, que forma enormes grietas a canalones verticales, llamados *Corniers*, se toma a la derecha un senderito estrecho que va atravesando una porción de cuestecillas cubiertas de césped, bastante pendientes para los que no están acostumbrados a estas ascensiones, pero que las mujeres de Maglan, familiarizadas con este ejercicio, bajan con haces de yerba en la cabeza. Llegando a las rocas cortadas a pico que forman la base de Arreu, ya no hay que subir más que otras cuestecillas de verdura que forman una especie de techo, y en media hora se llega a la cúspide. Estas cuestecillas dan, por el lado de la barranca, a una roca de forma muy extraña, que los habitantes de aquellos contornos llaman el *Hombre de Arreu*. Por este punto la subida es muy escarpada; por la derecha no lo es tanto. Por último, desde la *Punta de Arreu* se descubre un inmenso panorama que abraza la cadena del Monte-Blanco, una porción de cúspides por el lado del Delfinado, los picos más próximos a la Saboya, la cadena del Jura y las montañas del Chablais, y por encima de la cresta que separa el valle del Arve del otro por donde corre el Giffre, se ven también el Diente del Mediodía, y los ventrisqueros del valle de Sixt, dominados por la ancha pirámide de nieve del Buet. El viajero puede examinar además en este sitio

el alto y ancho terraplen calcáreo, tan curioso y poco conocido, que se extiende por detrás de las aguias de Varens al Norte y al Este, que quizás otro día nos suministrará materia para un nuevo artículo sobre estas correrías.
A. J.

Estudio del pintor M. Diaz.

Quando Fontenelle ponía en escena sus *Pastorales*, Watteau pintaba pastores con pantalones de raso de color de rosa, y chaquetas de azafran.— ¡En 1789, Da-

vid presentaba en la exposicion á *Brutus!* — La poesía panteística, á la moda hace treinta años, cargada de sombras y de luz, de vapores y claridad, rayos y reflejos, debía tener su influjo y correspondencia natural en la pintura. El culto del color ha pasado de la literatura á este arte, que parece que recibe de ella la vida, y en el cual, sin embargo, ella es solo un raro y feliz accidente.

La escuela francesa, en general fria y obscura, se ha animado repentinamente, se ha engalanado con los colores venecianos, y de Rubens á Rembrandt, corriendo tras de los maestros de tintas fuertes, ha concluido por apasionarse del mismo Watteau.

En medio de estas preocupaciones, la escuela francesa ha acabado por perder su carácter propio y su unidad. Sus esfuerzos se han descubierto con la exageracion á que se ha entregado; ha caricaturado muchas veces, se ha visto que no tenia tan buena tez como queria hacer creer, y que se daba colorete.

Solo un pequeño número ha conseguido ser verdaderamente colorista. En este corto número, es preciso contar el señor Diaz, en quien esta aptitud natural se ha mostrado con mas espontaneidad. En una época en que se establece la teoría del arte por el arte, el señor Diaz ha sido el representante del color por el color. Un cuadro es para él un pretexto para hacer brillar su des-



Estudio del pintor M. Diaz.

treza y la sonoridad de un instrumento. Nada habla aquí á la sensibilidad interna, al alma ni al pensamiento. Algunas veces, con los juegos de luz y sombras, en medio de su misteriosa combinacion, el artista toca á la naturaleza, á la realidad. Entónces pinta felizmente los mil accidentes de los rayos solares á través de las hojas de un bosque; pero mas frecuentemente habita un mundo fantástico, donde la misma luz, objeto de su culto, se emancipa de sus leyes naturales. El Oriente lo atrae con mas facilidad, no porque su cielo es mas ardiente, las pupilas mas negras, los trajes mas pintorescos, sino porque aquella region de las *Mil y una noches* se presta mejor á las brillantes fantasias. Los poetas y los pintores se han precipitado en él á porfía, hace algunos años. Pintores y poetas se han enamorado de imágenes varias que no representan nada,

que no pueden amarse, pero que deslumbran, como *Sara en el baño*.

Pero si unos y otros son injustificables bajo el punto de vista artístico, tienen sobrada razon respecto del público, porque consiguieron inspirarle aficion á estas creaciones caprichosas, á estas figuras sin personalidad ni fisonomía. Desde que el público francés se ha enamorado de las cosas vagas, y que, cansado de ver, ha hallado mas encanto en *entrever*, los pintores, aprovechándose de esta concesion, han procurado hacer la ejecucion mas variada, y el aspecto mas seductor aun que ántes. Entónces vino el reinado de los preludios en la música, los estudios y bosquejos en la pintura, y público y pintores se deleitan á estas horas con ensayos é improvisaciones fáciles, y el recreo de la vista. Este arte carece de pensamiento y emociones, pero agrada á

sus adeptos, y el éxito absuelve. En medio de estas reflexiones hemos olvidado un poco al señor Diaz.

El prefacio es un escollo para los que escriben, como el abuso del preludio y el bosquejo lo es para músicos y pintores, y sin embargo, los bosquejos, los preludios y los prefacios han contribuido á formar en estos tiempos mas de una reputacion. — Ningun escrupulo tenemos en encerrarnos en este prefacio. Las obras del célebre pintor de fantasia, siendo de una naturaleza que no empeña su personalidad, no despertan mucha curiosidad bajo este aspecto. Interesante seria saber como se ha desarrollado su talento de colorista, pero nosotros no sabemos nada de esto, ni tal vez el mismo señor Diaz, porque el sentimiento del colorido es un don natural que se comienza á ejercer sin saber cómo, ni cuando.
A. J.

El salon de madama Viardot.

El decir de un hombre que es tan dichoso como un rey, es una de esas expresiones falsas que corren por el mundo, y que prueban la fuerza de la rutina, en contraposición á las convenciones y á la experiencia. En el día, se ha querido reemplazar al rey con el millonario en la susodicha frase consagrada, pero esto es casi un anacronismo en una época en que se ven fortunas colosales que se hicieron de la noche á la mañana. Lo que no cabe duda, es, que nuestra sociedad escéptica y burlona, encierra aun en su seno seres privilegiados, verdaderos reyes de los tiempos modernos, cuya presencia excita vivas simpatías que á veces se convierten en frenético entusiasmo, seres que visitando

en triunfo todos los pueblos civilizados que les acomoda, recogen el oro á manos llenas como los banqueros, y marchan por caminos de flores, como les sucedía á los reyes en otros tiempos. Estos héroes de nuestros días, son los artistas en general, y en particular los músicos, de modo que hoy debería decirse de un hombre feliz: Es dichoso como un grande artista. Pero estos artistas dotados de una sensibilidad infinitamente mas delicada que la de los reyes y banqueros en general, se hallan sujetos á ciertas pruebas, que son para ellos crueles heridas, y que harían muy poca mella en epidermis menos susceptibles. Por eso, el término de comparación no es totalmente justo, aunque haya ciertos momentos en su vida de mas felicidad, que la que pueden contar los otros hombres reasumiendo toda la suya.

Lo que mas echamos de ménos en su existencia, es el *at home*, y no porque les falte enteramente, pues la mayor parte de los artistas poseen por el contrario deliciosos retiros embellecidos con las elegantes minuciosidades del *high life* modificadas por su exquisito gusto. Tienen preciosas habitaciones, pero no las habitan. En la estación presente, los extranjeros del Norte que viven en Nápoles al calor de su sol de invierno, y que, paseándose, siguen el camino que se eleva sobre Mergellina y domina la mar, no dejan de detenerse al llegar á la cúspide, ante uno de los palacios que se hallan á orillas del camino, desde donde se descubre el golfo de Nápoles, el Vesubio, las colinas de Castellamare y de Sorrento, las altas rocas de Capri....., admirando su situación y envidiando la dicha del dueño de aquella pose-



Salon de madama Viardot.

sion encantadora. Y sin embargo, ese dueño tan dichoso se halla ausente; en vez de disfrutar del hermoso cielo napolitano, en vez de sentir esa tibia temperatura, y de respirar el aroma de esas flores prematuras, Labla-che tiembla de frio en medio de las nieves de San Petersburgo. Podeis entrar, curiosos viajeros; en tanto que el dueño se pasea á orillas del Neva, paseaos vosotros por esas calles de rosales, contemplando al mismo tiempo las azuladas olas del Mediterráneo.

Pero no emprenderemos nosotros hoy un viaje tan lejano, y nos contentaremos con llegar al sitio que ocuparon los antiguos jardines de Tivoli, no el Tivoli de las frescas colinas de la Sabina regadas por las cascadas del Anio, sino el Tivoli de Paris, junto á la barrera de Clichy.

Al llegar á la plaza Vintimille, de construcción moderna, encontraremos un jardín *ovalado* con una verja dorada, y llamado *square*, nombre de moda, en cuyo jardín se halla oculta hace tres años, en un cajon de tablas, una estatua en mármol de Napoleon, por M. Ma-

thieu-Meusnier. La República, que hay que convenir en que era tolerante, la puso allí, ¡cómo el Imperio la ha olvidado! En el fondo de esta plaza veremos tambien, formando esquinazo con dos calles, un bonito palacio que presenta en una de sus fachadas una ancha jaula de cristal donde caben mil pájaros. En virtud del indiscreto privilegio que nos hemos tomado, penetremos en ese apacible retiro. La dueña de la casa, madama Viardot, está ausente, hallándose tambien en las márgenes del Neva, con los distinguidos artistas que la Rusia le ha quitado á Paris hace algunos años. Descubramos á los ojos profanos ese santuario consagrado por madama Viardot á su arte predilecto. He aquí su órgano, admirable instrumento salido de los talleres de M. Cavaille-Coll, y cuyos ornatos son debidos á la habilidad de M. Lienard. En lo alto del órgano se ve en un medallon una suave pintura en que M. Ary Scheffer ha figurado la inspiración musical bajo los rasgos indecisos de una joven, que es sin duda santa Cecilia, ó Paulina Garcia. En este salon de la artista se ven reunidos

los retratos de su madre y de su marido, como tambien el de su hermana Malibran, que dejó por concluir Bouchot, y su propio retrato de M. Scheffer. Entre las varias curiosidades que hay allí, descuella un gran jarron de porcelana, copia de los que se hacen en Sevres, lo que no es poco elogio por la industria rusa, y en el que está esmaltado el retrato de la madre de Rembrandt: este jarron es un regalo que recibió madama Viardot del emperador de Rusia.

La sala que precede es una pequeña galería de cuadros, donde se distinguen uno de Ribera; un retrato de María Teresa cuando era niña, la que despues se casó con Luis XIV; un Teniers, y dos pinturas religiosas del Giotto, preciosas páginas del restaurador de la pintura moderna.

Pero debemos sustraernos á tantas distracciones como las que cautivan en este palacio de las artes. Solo la ausencia de su dueña puede servirnos de excusa por habernos entretenido en estos pormenores, pues si ella hubiera estado allí cantando y acompañándose del pia-

no, ó tocando el órgano, lo habríamos olvidado todo por oírlo y admirarla. Sí, madama Viardot, célebre como cantatriz, es también muy buena instrumentista; ha sido discípula de Listz y honra á su maestro. El piano es la única cosa que puede decirse que ha aprendido, porque en cuanto al canto, no ha tenido jamás ningún maestro. Nacida en el seno de una familia de músicos, la mecieron en la cuna con sus melodías, y ella no se acuerda cómo aprendió la música. Su padre, aquel famoso tenor español, que la quería entrañablemente, deseaba con ansia que estuviera en la edad de enseñarla el arte del canto, pero desgraciadamente murió cuando la niña tenía solo diez años. Malibrán nació en París en 1808; Paulina García vino al mundo en 1821. A la edad de diez años se fué á América con su padre, que hizo ese viaje con su mujer y su hijo Manuel García, que después se ha hecho una buena reputación de maestro de canto. Pero la América no se apasionaba tanto como hoy por las cosas europeas, y además ofrecía tan pocos recursos á los artistas, que García no pudo hallar allí las partituras del *Barbero* y el *Otelo* de Rossini; pero esto no fué un obstáculo, porque las escribió de memoria. A su vuelta de Méjico, unos ladrones le robaron cuanto poseía. De este modo, Paulina García volvió á Francia con su familia en 1828. Su padre despertó un entusiasmo sin igual en París en los papeles de *Otelo* y de *Don Juan*, que ningún actor italiano ha interpretado después de un modo tan brillante.

Después de la muerte de García, en 1832, Paulina García habitó algunos años con su madre en Bruselas, en una casa retirada en el baluarte del Observatorio, embellecida después por Beriot, que ha construido en ella un teatro. Madama Malibrán, que se casó con el gran violinista en 1836, y murió el mismo año, muchas veces había solicitado que la entregaran su hermanita, pero la familia nunca quiso consentir en esto. La joven Paulina recibió los consejos de su madre, pero no pudo aprovecharse de la escuela de madama Malibrán, á quien solo vió una vez en el teatro en Londres en el papel de la *Sommambula* traducida en inglés. Sin embargo, su talento natural, ayudado por el trabajo, hubo de animarla en su carrera. La primera vez que se presentó en público fué en Bruselas, á la edad de diez y siete años. A los diez y ocho, en 1839, se estrenó en Londres con los papeles de *Desdemona* y de *Cenerentola*, en los que arrancó grandes aplausos. Los triunfos de París acabaron de consolidar su talento. Algun tiempo después se casó con M. Viardot, literato de fama, que dirigió durante algunos años el Teatro Italiano.

No hablaremos de sus victorias musicales en todos los países en donde se ha presentado; bástenos decir que en la representación que se ha dado este año á su beneficio en San Petersburgo, el emperador de Rusia bajó á la escena á felicitarla, y después la llevó del brazo al palacio imperial, donde la presentó á la emperatriz y á la primera nobleza. En el *Barbero*, en la escena del piano, madama Viardot intercaló canciones españolas, francesas y rusas, que fueron acogidas con frenéticos aplausos. También habría podido añadir canciones inglesas y alemanas, porque madama Viardot habla muy bien las siguientes lenguas: el francés, su lengua natal, el español, que es la de su familia, el italiano, el idioma de su arte, y el inglés y el alemán, que son los de sus viajes.

D. Juan de Lanuza.

LEYENDA.

V.

Zaragoza un inmenso despoblado
Para las tropas castellanas era;
Jamás estuvo el pueblo tan callado
Ni reino tal espanto donde quiera.
De tal suerte está el cielo encapotado
Y es tan profunda la quietud que impera,
Que hace ya mucho rato que es de día
Y parece de noche todavía.

Mas esta calma lóbrega estremece
Que de enojada plebe el desconcierto,
Que en quietud tan monótona parece
Sepulcro la ciudad de un pueblo muerto.
Todo un aspecto militar ofrece;
De soldados el Coso está cubierto;
Ni ostenta la beldad su esbelto talle,
Ni un paisano transita por la calle.

De las patrullas luego el imponente
Grave rumor de pasos entrecorta
Un coche que camina lentamente
Y hasta á su misma escolta deja absorta.
Muéstrase en él un joven que valiente
Oye la voz de un fraile que le exorta,
Y con su faz magnánimo revela
Que ni teme la muerte ni la anhela.

¡ Tan joven y morir ! ; Desventurado !
¡ Cómo esta idea su cerebro muerde !
Le sonreía un porvenir dorado
Y era feliz en una edad tan verde.

Toda esperanza al fin se ha disipado,
Mas no por esto su desnudo pierde,
Que cuando el cuello á la cuchilla doble
Su modo de morir dirá que es noble.

Va delante del coche un pregonero,
Que añade mas tristeza á la tristeza;
De cuando en cuando párase altanero
Y dice con selvática aspereza:
« A don Juan de Lanuza, justiciero,
Manda el rey se le corte la cabeza,
Que sus bienes al fisco luego pasen,
Y sus castillos todos que se arrasén.

Al llegar al patíbulo que erguido
A manera de sirte se levanta,
Al fraile abraza el mártir compungido
Y el corazón mas duro se quebranta.
De luto enteramente va vestido,
Y con rostro sereno y firme planta
Las gradas del cadalso va ganando
Y su espíritu al cielo encomendando.

Y mientras se prepara sanguinaria
Tan repugnante escena y tan impía,
El cuadro como antorcha funeraria
Alumbran los crepúsculos del día.
El infeliz dirige su plegaria
A la Madre de Dios, virgen Maria,
Y á la vez del verdugo la clemencia
Da fin á su oración y á su existencia.

A la infelice víctima se arrima
El verdugo feroz cual buitre hambriento,
Y en la sed de riquezas que le anima
De su traje despójale sangriento.
Mas esto causa al capitán tal grima,
Que frustra del verdugo el rudo intento
Dando un golpe tan recio al atrevido
Que le hace prorumpir en un mugido.

La rabia de los fieros habitantes
Tan ilegal ejecución excita;
Bien traducen sus pálidos semblantes
El despecho feroz que les irrita.
Todos van por las calles como errantes,
Y es tal el frenesí que les agita,
Que al parecer va hiriendo al pueblo entero
El golpe que al Justicia hirió primero.

Mas no cual los chacales del desierto
El que mandó decapitar al vivo
En los despojos cébese del muerto;
Manda erigirle un cenotafio altivo.
El cuerpo puesto en atad abierto
Rezos arranca al pueblo compasivo
Y la cabeza cárdena y sangrienta
Entre las manos lívidas ostenta.

Y entre tanto la piedra del olvido
Sobre sus restos míseros caía,
Su madre con su hermano muy querido
Lanzada ¡ ay triste ! del hogar huía.
Y mientras un asilo reducido
Donde ocultar sus lágrimas expía,
En Bardullur sus torres y su casa
De orden del rey el castellano arrasa.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(Se continuará.)

Agricultura.

EL GUANO DEL PERÚ.

De la *Crónica Vasco-Navarra* tomamos los siguientes curiosos apuntes sobre este precioso abono:

« Cuando estamos abocados á que este excelente abono se generalice en España, de lo que no pueden menos de resultar beneficios inmensos á la agricultura, nos parece de la mayor utilidad dar á conocer las propiedades de ese abono, el mas poderoso de cuantos ha empleado la agricultura hasta el día.

El *guano* ó *huano*, sustancia muy notable que debe considerarse como producto mineral, es sin disputa el abono mas activo que puede emplearse. Se encuentra en muchas islas pequeñas del mar del Sur, en la costa de Chile y del Perú y también en la costa Oeste de Africa.

Limitándonos á las tres grandes islas del Perú, vamos á exponer ántes toda la inmensidad de la riqueza que el abono de que nos ocupamos puede producir á aquella república. Los datos que nos han servido para formar este artículo y los que le seguirán, los hemos tomado de opúsculos interesantísimos que se han publicado en Lima, y que hemos recibido directamente. Por otra parte, conviene perfectamente con los que ya teníamos recogidos de algunas obras inglesas, pues

en la Gran Bretaña el consumo de este abono va aumentando de una manera prodigiosa.

Tiene el Perú, dice una de aquellas obras, un *Banco Nacional* en las tres islas de Chíncha, cuyo capital no baja de 200,000,000 de pesos; Banco de un inmenso valor, y que manejado con cordura es capaz de poder atender á los arreglos y cancelación final de la crecida deuda nacional y de sus valiosos intereses; al engrandecimiento de los pueblos en todos los ramos de mejoras materiales é intelectuales, arreglando sus caminos, protegiendo su industria y haciendo todas aquellas reformas « que demanda la situación de un país detenido por tantos años en el desarrollo de su fértil naturaleza; » y para que no parezca exagerado el valor que se le da á esta rica propiedad del Perú, después de haber dicho el señor Vicuña que sería barato calcularlo en 100 millones de pesos, presentaremos aquí los resultados de cálculos y observaciones hechas personalmente sobre el mismo terreno para su debida comprobación, sin perjuicio de los que se hayan hecho anteriormente por otras personas con mayor prolijidad y exactitud.

La mayor, que es la mas septentrional de las tres islas de Chíncha, mide 36,000 piés de largo, 1,800 de ancho, formando un paralelepípedo en el ámbito de su base y despreciando los puntos salientes de las líneas de dicha figura, que hacen cerca de una tercera parte mas, y tiene 80 piés de profundidad conocida en la parte que no es la mas elevada; cuyas medidas dan por resultado la cantidad de 518,400,000 piés cúbicos de huano, que á razón de 1825 libras por cada uno, hacen la suma de 64,800,000,000 de libras ó sean 28,928,571 toneladas inglesas, las cuales, vendidas al ínfimo precio de 10 pesos cada una, darán por resultado la suma de 289,285,710 pesos fuertes, que á razón de 250,000 toneladas anuales hay para 250 años.

Entre todos los abonos se presenta uno, parcialmente nuevo, que ha dado cosechas nunca vistas donde por la primera vez se le han usado, y que hoy llama la atención general por los prodigios que ejecuta, por las grandes riquezas que promete y por la favorable revolución que ha causado en el continente antiguo. Este abono es el *huano* de pájaros que se halla en nuestras islas, empleado por la agricultura nacional desde los tiempos de los Incas, y de cuyo poder fertilizante reciben diarios testimonios nuestros cultivadores.

De los numerosos análisis que del huano se han hecho por varios químicos de crédito, resulta que sus componentes son: agua, materias orgánicas y sales de amoníaco, arena, fosfatos térreos y sales alcalinas; componentes que reúnen en el huano las principales propiedades de los abonos inorgánicos y organizados, pues las bases terrosas las dan en proporción de 24/12 por 100, y el agua, las materias orgánicas y las sales hacen el resto de su peso, de cuya feliz combinación resulta que con él no hay terreno infecundo, y que pueden cultivarse con éxito frutos que ántes no daban al labriego ni el valor de sus gastos naturales.

Mas rico en materias nutritivas y estimulantes enérgicas que las *margas* y que los *compuestos orgánicos*; apropiado por todos los climas y terrenos; dispuesto por la naturaleza de modo que puede aplicarse desde luego á los plantíos, sin dar al arte ninguna intervención preparatoria, el huano del Perú es sin dudarlo el primero de los abonos conocidos; el principio de fecundidad mas poderoso en las esferas del reino vegetal; el resorte con que la Providencia multiplica las fuentes de la vida en las regiones donde la población se aumenta mas que los recursos de existencia, y tal vez la cadena indisoluble que debe unir en lo futuro á los dos mundos.

El *amoníaco*, temido de los agrónomos de Europa, hasta el punto de hacerles condenar como venenoso para el campo el estiércol de las aves marinas, porque allí esta sustancia sobreabunda; el *amoníaco* que, en su estado libre, mata las plantas y dilacera sus tejidos; esta materia heroica que obra prodigios en la medicina, se presenta en el huano en razón de 17/44 por ciento, y combinada con los otros elementos, es el agente mas activo de la vegetación, y preside á su prosperidad y desarrollo desde que brotan los primeros retoños, hasta que cubre la superficie de la tierra con sazonados frutos. De esta manera, el Ser Supremo, después de haber hecho en el huano una síntesis de los abonos minerales y orgánicos, ha convertido en bien las propiedades destructoras del amoníaco, y ha ofrecido á los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización, un principio de fecundidad en donde creían que se hallaba un principio de muerte, y un instrumento de perfectibilidad, y que en sus manos es susceptible de un alcance que no podemos apreciar.

Así es como las estenuadas campiñas de Europa rejuvenecen en el día y cobran nuevas fuerzas productoras, cuando una población exuberante agotaba sus jugos, y cuando millares de infelices perecían condenados á morir entre los horrores del hambre; así es como la virgen América manda á los pueblos trasatlánticos condiciones de existencia material, en retorno de las que de todos ellos recibe para su desarrollo moral, intelectual y público; así es, por fin, como la naturaleza condicional del hombre, á través del espacio, y á despecho de las preocupaciones, liga las sociedades entre sí, hace que se dispensen mútuo apoyo* y que marchen unidas por la solidaridad de intereses á llenar la misión que han recibido en la tierra.

El gran secreto de la goma inglesa.

Desde que un ministerio ardiente, propagador de todas las cosas útiles y convenientes para España, introdujo el sistema de franquear cartas por medio de sellos que cada uno puede comprar en el estanco, y dotó a nuestro país con este gran progreso que debe a Rowland Hill la Inglaterra, quéjase el público de que los sellos se desprenden con facilidad porque la goma que los cubre no se adhiere con bastante solidez, sobre todo cuando la superficie es muy lisa. Muchas veces hemos preguntado: ¿porqué no usamos la composición que usan los ingleses? Y otras tantas se nos ha respondido: porque es un secreto que los ingleses no quieren revelar. Felizmente en aquel país, los secretos útiles no pueden conservarse ocultos mucho tiempo, y nosotros hemos encontrado la revelación del misterio a que aludimos en un número reciente de un periódico que redacta uno de los escritores más eminentes de Inglaterra. Vamos a comunicar nuestro descubrimiento en los mismos términos pintorescos en que lo hace el escritor inglés. Así conseguiremos dos cosas: divertir a nuestros lectores, y proporcionar al gobierno medios de que se puede aprovechar para hacer una reforma útil que agradecería mucho el público. Allí va, pues, la traducción del artículo inglés.

« Al salir de Dublin por el lado de Occidente, y recorriendo las márgenes del río Liffey, pasamos por el pueblo de Chapelizon y por el caserío de Palmerstown. Las caídas de agua del Liffey han atraído a ellas en diferentes épocas muchos fabricantes, que con más ó menos éxito han establecido allí sus manufacturas. Allí se han establecido fábricas de papel, de almidón, de hilados y tejidos de algodón, de estampados de estos, etc. Todas se han abandonado sucesivamente, aunque algunas se han renovado de cuando en cuando por nuevos especuladores. No necesitamos investigar aquí las causas de estos fracasos. Baste saber que la fabricación del almidón ha sobrevivido a muchos de ellos.

El producto conocido con el nombre de goma inglesa y de que tanto uso hacen los estampadores de géneros de algodón, los papeleros para muchas de sus obras, y el gobierno inglés en los sellos del correo, se fabricó por vez primera en Chapelizon. Su origen y su historia están acompañadas de circunstancias bastante curiosas.

El uso de la patata en la fabricación del almidón causó gran descontento en el pueblo irlandés, porque así se hacía un gran consumo de su principal alimento, y subía su precio considerablemente. Las fábricas de almidón de patatas fueron acometidas varias veces por turbas irritadas, y muchas veces se incendiaron sin que se pudiese descubrir la causa del fuego, si bien se creía que no siempre era accidental.

El 5 de setiembre de 1821, Jorge IV se embarcaba en el puerto de Dunleary, cerca de Dublin, para volver a Inglaterra después de visitar a Irlanda. En aquella ocasión se borró el antiguo nombre irlandés de Dunleary, y en celebridad de la visita Real se le sustituyó el de Lingston. Por la noche los ciudadanos de Dublin permanecieron hasta muy tarde en las tabernas y en las reuniones particulares. Los sentimientos de lealtad y el ponche abundaban. En medio de estas fiestas se oyó el grito de, ¡fuego! Todos salieron corriendo a las calles, y siguiendo el resplandor de las llamas, descubrieron que estaba ardiendo una fábrica de almidón de Chapelizon. Como lo que la fábrica contenía no era muy combustible, no hizo en ello gran destrozo el fuego, pero fué tal la cantidad de agua que se echó, que el almidón salió en forma de arroyo e inundó las calles y callejones en su curso hacia el Liffey.

Al día siguiente uno de los operarios estampadores, empleado en las fábricas de estampación de Palmerstown, pero residente en Chapelizon, se despertó con las fauces secas y una jaqueca muy fuerte. Preguntóse a sí mismo dónde había estado, y recordó que entre otros mil, bebiendo a la salud del Rey y contribuyendo a borrar el nombre de Dunleary del mapa de Irlanda. Después su fantasía le reflejó la visión de un incendio. Recordó haber transportado cubas de agua, haberla oído hervir al caer sobre el suelo enrojecido por el fuego; recordó el ruido de las bombas, los gritos de la multitud, y también haberse caído con otros muchos en el torrente líquido del almidón al huir de las llamas.

Hecho este exámen de conciencia, pensó en vestirse para ir en busca de sus compañeros e investigar si era día de trabajo ó día de beber. Cogió su pantalón, pero, ¡oh sorpresa! estaba firmemente engomado por todas partes. Las mangas de su casaca negaban la entrada a los brazos, hasta que las despegó poco a poco. El poco dinero que tenía estaba pegado al bolsillo. El chaleco sólidamente abotonado; pero, ¿con qué? ¿Se habría estado bañando vestido y todo en un mar de goma arábica, esa costosa materia que se empleaba en la fábrica de estampados?

No era este trabajador el único cuyos vestidos se encontraban saturados de goma. El y cuatro compañeros suyos tuvieron una consulta, y se fueron a visitar las ruinas de la fábrica de almidón. En el camino encontraron bolas de almidón, que calcinadas por el fuego y regadas en este estado por las bombas, se habían convertido en una sustancia gomosa blanda. Lleváronse algunas muestras consigo; las experimentaron en sus labores, compraron almidón, lo pusieron en una sartén; lo calcinaron hasta darle un color oscuro, le añadieron agua, y por fin se encontraron dueños del secreto para fabricar un producto que, si no era goma,

parecía tan aplicable a los estampados como la arábica, y que costaba infinitamente menos que esta.

El secreto era suyo, y si hubiesen obrado después con tanta discreción como al verificar sus experimentos, hubieran podido realizar grandes caudales, así como tuvieron la gloria de introducir en la industria un objeto de gran utilidad, que ha ayudado a hacer ricas a algunas de las casas más importantes de Lancashire (mientras fué secreto) y que hoy fabrica para su propio uso el gobierno inglés.

Su historia posterior no es menos curiosa que lo que va referido. Desgraciadamente para los artesanos estampadores, que descubrieron el producto, la parte de esta historia que les corresponde se puede referir en breves palabras.

Dícese que seis de ellos reunieron algún metálico para enviar a uno como agente a Manchester con muestras de la nueva goma. La respuesta que el embajador recibió de los fabricantes fué, ó que no querían semejante producto, ó que se fuese a su casa a dormir la mona, y volviese cuando se le hubiese pasado. Sus compañeros, con noticia del mal éxito de sus gestiones, y temiendo que el secreto se escapase, enviaron en su auxilio a otro con más dinero. El éxito no fué más satisfactorio. Los otros cuatro, después de algún tiempo, abandonaron su trabajo en Dublin, y se fueron a reunir con los que habían ido antes en Manchester. Reunidos ya, trataron de vender su secreto. Antes de conseguirlo, uno de ellos murió; otros dos fueron a la cárcel por haber tomado parte en una pendeñicia espiritosa; y todos se hallaban exhaustos de recursos. Es probable que ya no sea posible descubrir nunca lo que se les dió por el secreto. Lo cierto es que se empleó una parte de esta suma en pagar el pasaje a Nueva-Orleans, donde se supone que no existieron mucho tiempo los descubridores de la goma inglesa.

Al principio la aplicación del secreto no dió buenos resultados. Este pasó después a un caballero que al fin logró producir la goma de bastante buena calidad, y tan sumamente barata, que en el acto encontró gran consumo en las fábricas de estampados. Pero no le era posible producir la goma en grandes cantidades sin el auxilio de algunos trabajadores, a quienes temía confiar el secreto de una manufactura tan sencilla y tan lucrativa. Empleando hombres para ayudarle en una parte de sus operaciones y ocultándoles otras, irritó naturalmente su curiosidad y su envidia. Una ó dos veces hicieron penetrar en su estancia a los empleados del fisco alegando que se ocupaba en cosas ilícitas ó criminales. Algunas veces entraron en su manufactura y de noche ladrones que solo querían robarle su secreto. En una ocasión le incendiaron la casa, y sufrió otra porción de contratiempos demasiado numerosos para que sea posible referirlos en este sitio. Sin embargo seguía produciendo la goma inglesa en suficiente cantidad para procurarse una renta considerable. En fin hallándose una vez enfermo, el jefe de una fábrica muy conocida de estampados le hizo un pedido con mucha urgencia. Levantóse, fuése a su laboratorio, encendió el fuego, puso sobre él una caldera de hierro, calcinó el almidón, añadió el agua, observó la temperatura, y durante todo este tiempo estuvo hablando con su marchante, a quien tuvo la imprevisión de dejar presenciar todas las operaciones, y que las examinaba todas con ojos de linca. Inútil es decir que el agudo fabricante de géneros estampados jamás volvió a necesitar ni un adarme de la goma inglesa que fabricaba el convaleciente. Después de esto se fué extendiendo poco a poco el secreto, aunque el primitivo poseedor conservó siempre una parte de la fabricación.

Cuando se introdujo el sistema del franqueo previo por medio de sello, se creyó al principio que estos no podrían hacerse bastante buenos y baratos, lo cual en efecto habría sido imposible en el caso de tener que usar la goma arábica. La goma inglesa resolvió el problema, y el fabricante celebró un contrato con los señores Perkins, Bacon y Heath para proporcionarles toda la que necesitasen emplear en los sellos. En el segundo año del contrato corrió el rumor de que la sustancia con que se pegaban los sellos era venenosa, y que se hacía con despojos de pescado y otras materias repugnantes. Entonces se creyó conveniente revelar el gran secreto de la goma inglesa, y se hizo saber al público que el veneno de los sellos se hacía sencillamente con patatas.»

Viaje al archipiélago de las Orcades y Shetland.

Sali de Aberdeen en un barco inglés que levó para las Orcades, con destino a Stromness. Navegábamos con buen viento, y corrimos rápidamente, sin perder de vista las costas de Escocia, cuya línea sinuosa, almenada por las montañas de los condados de Aberdeen, Sutherland y Caithness, se perdían vagamente entre una azulada bruma. Pero al llegar a la altura del cabo de Duncan, dejamos la corriente del viento para entrar en el estrecho de Pentland, que separa el Norte de la Escocia de las islas Orcades por un canal de diez millas de ancho, y tuvimos que luchar con los peligros que hacen este pasaje tan temible, aun con un tiempo hecho, es decir, favorable.

Nosotros fuimos arrastrados con violencia por las corrientes, y debimos a la sangre fría del loeman que teníamos a bordo el no ser estrellados contra las rocas movedizas, en bancos de arena, formando remolinos,

Apercibimos al Sur la punta del Caithness, comida por el mar; al Norte, Ronaldsha, una de las Orcades, como un punto inmóvil en la inmensa sábana del Océano; al Sudeste, Swinna, islote sin importancia del grupo de las Orcades, señalada a la atención de los navegantes a causa de los pozos que hacen su acceso peligroso. A medida que avanzábamos al Oeste, se destacaban y crecían las cimas de la isla de Hoy, que, situada paralelamente con Ronaldsha, encierra con esta el mar en una concha, y forma una extensa laguna, sembrada de islotes, canastillos de verdura, que parecen arrancados por las olas de una región más feliz, como para hacer contraste con tan ásperos cuadros.

Al examinar el mapa de Escocia, se sospecha que el grupo de las Orcades ha formado antiguamente parte del continente de la Gran Bretaña, unida ella misma sin duda a la Europa en época anterior. La poca profundidad de las corrientes que separan estas islas, la naturaleza semejante del terreno, las mismas producciones, parecen argumentos irrefutables en favor de una conncion que ha separado del mismo modo la Sicilia de la Italia, Jersey y Guernesey de Francia.

El clima de la Escocia y de Inglaterra difiere sin embargo del de las Orcades, porque colocadas como un abanico contra los vientos del Norte, defienden de él a las primaveras; por eso el mes de junio, en que tiene lugar el deshielo en la Groenlandia, y el cual es caliente en Inglaterra, por regla general, allí suele ser acompañado de granizo y nieve. El suelo, frecuentemente azotado por fuertes brisas, produce pocos árboles, y raquíuticos. Citase como un fenómeno meteorológico bastante curioso una nevada negra, como la llama G. Barry, historiador de estas islas, que asustó a sus habitantes. Es verdad que al mismo tiempo ocurrió la erupción del Hecla en Islandia, y que las cenizas fueron probablemente trasportadas a mucha distancia, puesto que Buffon refiere que las del Etna y el Vesubio han sido llevadas por el viento hasta Egipto.

Estas islas, a donde vienen los arenques y pescados que emigran al Sur, son un punto natural de reunión de toda clase de aves marítimas, que encuentran además en las alturas escarpadas sitios favorables para anidar. Conocidas son las hazañas de los buscadores, que van a quitar los huevos a estos pájaros de paso a una elevación prodigiosa. Las focas son igualmente objeto de una caza productiva, y los cazadores de Escocia, y aun de Inglaterra, van a buscar en la primavera, en aquellos estrechos, incidentes llenos de atractivo para su espíritu aventurero.

Indudablemente, Hoy es una de las islas más curiosas del Archipiélago. Su configuración se presta admirablemente a la variedad del paisaje. Fácilmente se comprende que la sencilla imaginación de los antiguos norses, impresionada por el carácter especial de sus bellezas naturales, haya dado origen y prestado crédito a algunos de sus cuentos supersticiosos; tal es el del carbunco del Ward-Hill, montaña escarpada, en cuya cima se imaginaban ver brillar a media noche, durante el estío, los rayos de la piedra maravillosa, cuyo nombre recuerda todavía una de las particularidades más notables de la montaña de Ward.

Un monumento único, conocido con el nombre de *Dwarfie-Stone*, ó peña del Enano, y situado en una de las vertientes del Ward-Hill, ha defraudado hasta hoy toda clase de conjeturas. Consiste en un fragmento de roca blanda, que se supone separada del peñón enorme que ciñe la montaña a cierta altura, y que tiene siete pies de alto, veintidos de largo, y siete de ancho. Está trabajado en lo interior por la mano del hombre, según lo demuestran las señales aun visibles en las paredes de los instrumentos usados a este fin. La cavidad presenta el aspecto de un cuarto, y no se puede dudar que ha servido de habitación, viendo los dos lechos de piedra que contiene. La luz penetra en esta singular vivienda por un agujero abierto en su parte superior. La puerta tiene cerca de tres pies, y está cerrada por una piedra de igual dimensión. La tradición, fundándose quizás en la exigüidad de la entrada, cuenta que ha sido habitada por un enano misterioso. Por otra parte, se dice que ha vivido allí algún piadoso cenobita.

Walter Scott, que ha descrito en el *Pirata* las Orcades con la fidelidad y el vigor de colorido que sabía dar a sus descripciones, ha dado, entre muchas conjeturas, su opinión, inspirándose con el exámen del país, y el estudio profundo que hizo de las costumbres y antigüedades de los norses. « He observado, dice, que en una línea que comienza en frente de la Roca del Enano, y que se extiende hasta la orilla del mar, hay cierto número de mojonos ó montoncitos de piedras, que parece que unen la Roca con otro monton muy grande de piedras, junto al cual hemos desembarcado; este curioso monumento puede haber sido el templo de algunos *dioses manes* del Norte, y los mojonos servir de guía a los que vinieran a rendirles homenaje. » Preciso es confesar que entre todas las conjeturas hechas hasta hoy, esta opinión parece la más probable.

A esta isla de Hoy fué en 1827 una comisión de sabios franceses, bajo la dirección del astrónomo Biot, a establecer un observatorio.

Hoy está separada de Pomona, principal isla de las Orcades, por un brazo pequeño de mar, cuya parte más estrecha está comprendida entre la punta norte de Hoy y el cabo de Stromness. Esta última ciudad es ahora el punto donde los pescadores de ballena del Norte vienen a completar su tripulación. Dedicados desde su juventud a la pesca, robustos y valientes, los habitantes de las Orcades y las Shetland son los mejores barqueros del Reino Unido. Así es que los buques que van a Groenlan-

dia y á la bahía de Baffin solo toman un pequeño número de marineros en Escocia y en Inglaterra, y reclutan los demás en medio de estas poblaciones acostumbradas al frío, al hambre y á todas las miserias de una vida que apenas conoce los placeres.

A mi llegada á Stromness, el pabellon francés flotaba á la cabeza de los mástiles de un navío; era el *Principe Alberto*, á la vela para los mares Articos, á donde iba á recoger noticias de John Franklin, cuya suerte inspira tanto interés en Francia, y cuyo pabellon flotaba en honor de su marina, representada en esta expedicion por uno de sus oficiales mas distinguidos, el señor Bellot, teniente de navío. Yo habia tenido la fortuna de haber visto en Aberdeen, donde aguardaba su embarque, á este joven marino, que tiene ya una brillante hoja de servicios, y que ha sido herido en Madagascar, en las operaciones combinadas de las fuerzas inglesas y francesas. De vuelta de una expedicion á las Orcades, tuvo la bondad de regalarme algunos croquis dibujados por él, « queriendo, dijo, ayudarme á conservar mis recuerdos de viaje. » Guiado por sus indicaciones, he visitado los sitios mas notables, y he visto que los habia juzgado con excelente discernimiento, y el profundo sentimiento de un verdadero artista.

La bahía de Stromness penetra, estrechándose á una distancia de muchas millas, en el interior de la tierra, y presenta en su extension una magnífica sábana de agua, que las gentes del país llaman el lago de Stennis. Una calzada de piedra, salpicada con anchas aberturas que dan paso al agua, reúne los bordes opues-



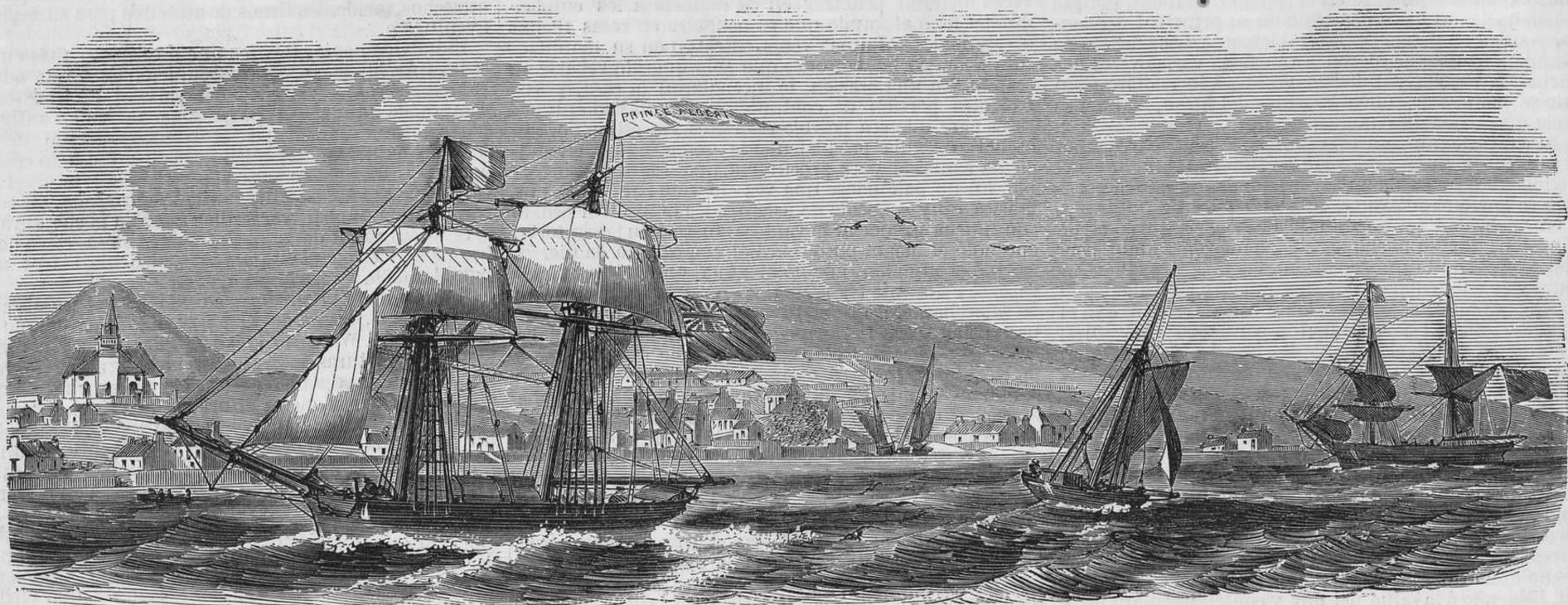
JULES. GAILDRAU

Trajes de los habitantes de las Orcades.

tos del lago, y divide á este en dos partes iguales. A la extremidad Este del puerto hay enormes piedras blancas, dispuestas en semi-círculo. Algunas de ellas tienen veinte piés de altura sobre seis de anchura y una de espesor. En el centro del área comprendida en el semi-círculo, se ve una piedra de las dimensiones citadas con un agujero en el centro.

Los habitantes llaman á estas piedras reunidas, *Piedras derechas* de Stennis. En el istmo opuesto hay otro monumento igual, pero enteramente circular. Las piedras son mas pequeñas, y las mas elevadas tienen quince piés. El círculo que forman tiene de veinticinco á treinta piés de diámetro. Está rodeado por un foso y flanqueado al Este y al Oeste por dos eminencias artificiales, que hacen creer que el círculo era un atrincheramiento militar, opinion poco justificada, ni por los restos que han quedado, ni por su posición. Mas probable es que este círculo tenga conexion con alguna costumbre civil y religiosa de las antiguas familias escandinavas. Hállanse en el país muchas piedras semejantes aisladas, y cuyo uso es desconocido. Se ha asegurado, pero sin probarlo, que estos monumentos eran rúnicos; Walter Scott, autoridad en estas materias, piensa por el contrario, que ninguna porcion de las Orcades ha tenido creencias drúidicas, y que el uso de los monumentos, comunmente llamados drúidicos, pertenecia tambien á la religion de Odin.

Nueve millas hay de Stromness á Kirkwall, á través de un país muy accidentado, entrecortado con pantanos y prados, sin árboles, con algunas plantas; entre ellas, el enebro y el líquen las mas abundantes. Lo que no

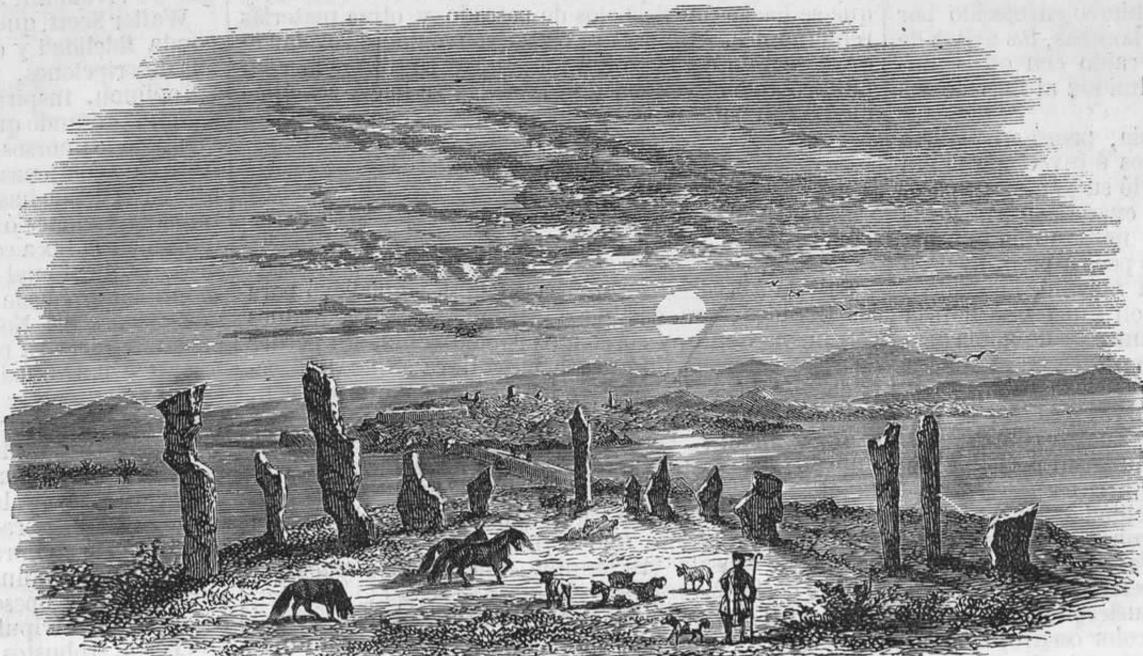


Stromness. — Orcades.

está aun cultivado está cubierto de espesos matorrales; pero en general, un cultivo inteligente ha dado cierta fertilidad á la isla Pámona. Es verdad, por otra parte, que los habitantes prefieren el mar á los trabajos agrícolas.

Kirkwall es en cierto modo la metrópoli de las Orcades, y se halla construida en un istmo pequeño, al Nordeste de la villa. Tiene la categoría de *bourg* real, es decir, que tiene cierta jurisdiccion. Restos de fortificaciones revelan su antigua importancia militar; pero despues de la incorporacion de las Orcades y Shetland al Reino Unido, Kirkwall ha perdido mucho bajo este aspecto.

Hoy es el depósito general de la industria y el comercio del Archipiélago. Un artículo principal de su comercio es la sosa, que se fabrica en gran cantidad en las costas; tambien exporta algunos caballos del

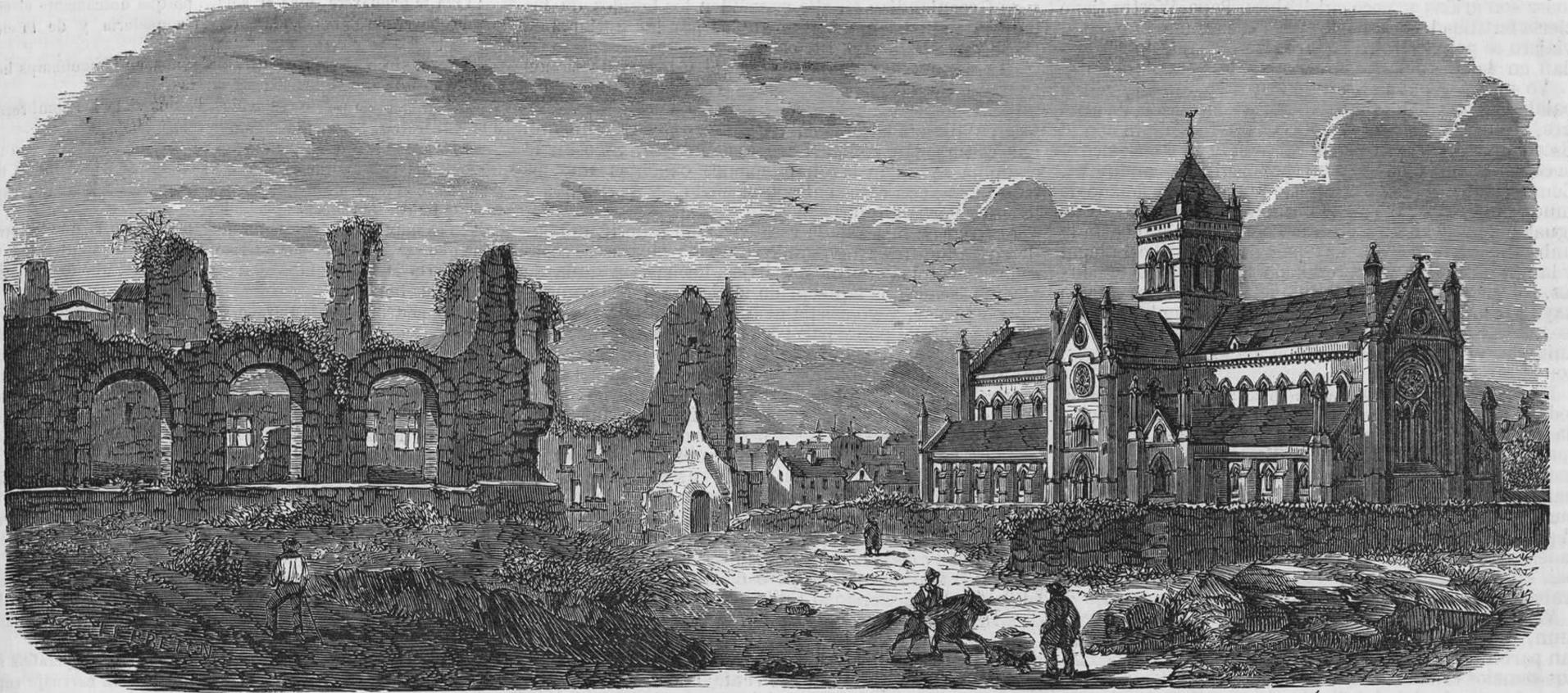


El lago Stennis. — Orcades.

país, muy estimados en Escocia y en las montañas. El caballo de estas islas, preferido al de Escocia, del cual difiere en tener la grupa mas larga y las piernas mas cortas, es ardiente, con músculos de acero, fuerte en la fatiga, y de una sagacidad admirable para hallar su camino. Como tiene muchas crines, y su aspecto es poco agradable, se le ha querido considerar como caballo salvaje.

Uno de los personajes de Walter Scott compara los caballos de las Orcades á gatos por la marcha, y á tigres por la intencion. Esta última apreciacion puede pasar por una chanza exagerada, pues todo lo que se puede decir de estos animales es que tienen los inconvenientes de los caballos fogosos. Por eso, responde Walter Scott, « los que no estén en estado de manejarlos, que no los monten. »

Kirkwall, en otros tiempos, residencia de los condes de



Bishop-Palace y Catedral en Kirkwall.

las Orcades, ofrecen aun objetos de estudio en las ruinas de su palacio, y en las del episcopal. Pero su celebridad la debe á su nombre (*kirk*, en escocés significa iglesia), á su catedral, la mas antigua y hermosa de Escocia, exceptuando la de Mungo en Glasgow. Es del XII° siglo, de estilo romano, mezclado en la parte construida mas recientemente con la transicion y el estilo gótico. Está consagrada á san Magnus, patron de las Orcades, tan reverenciado por sus habitantes, que en la época de la Reforma, la iglesia no sufrió ningun daño, cosa rara en aquel tiempo. La credulidad de los siglos precedentes atribuia tal reputacion de santidad al sepulcro del santo, que los orcadenses, segun dice Barry, tiraban los dados por saber, en las circunstancias apuradas, si harian ofrendas á Roma ó en la tumba de san Magnus. Dicese que en 1110 se vió una auréola luminosa sobre su sepulcro.

El palacio del conde parece ser del siglo XVII, á juzgar por las torres redondas de los ángulos, y las filas de pilastras, de un gusto semi-clásico que hay á los dos lados de la puerta principal. Pero como la distancia del nacimiento de las torres al suelo es menor que la de los antiguos palacios de Escocia, se ha juzgado que el edificio era de arquitectura francesa, y probablemente obra de un francés. Este palacio recuerda la penosa

época en que los pueblos del Archipiélago gimieron bajo la tiranía y las exacciones de sus antiguos condes, y las luchas que sostuvieron por su independencian.

La iglesia y el palacio simbolizan las dos grandes

la idea religiosa existe; el palacio condal yace por tierra; la iglesia está en pié despues de haber atravesado la borrasca [de la Reforma y las vicisitudes de los siglos.



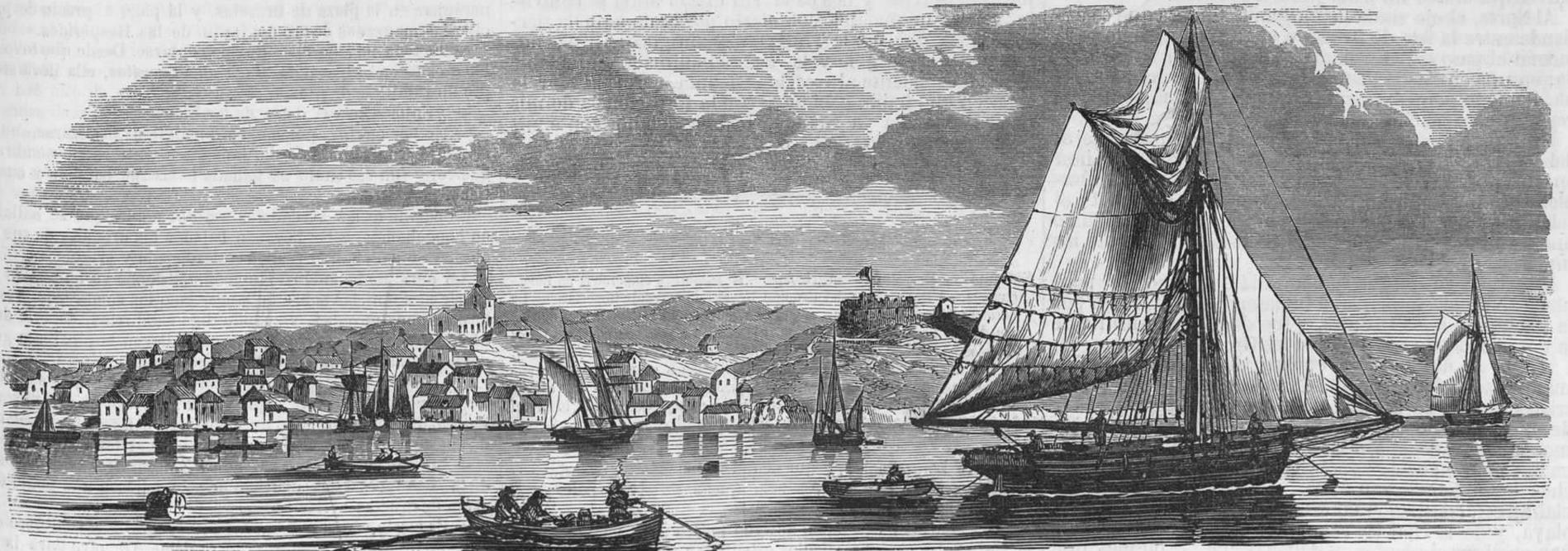
Castillo de Scalloway.

ideas que agitaban el mundo entónces; tipos de las dos fuerzas sociales que luchaban para fundar su predominio respectivo, estos edificios han tenido la suerte de las ideas que representaban; el feudalismo ha desaparecido,

muy unidas, y separadas por canales. A excepcion de Shapinsha, Stronsa, Eda, Papa Westra y Sanda, que tienen una poblacion de quinientos á dos mil habitantes, las demás están poco ó nada habitadas, porque

Y puesto que hablamos de historia, recordemos, ya que á ello nos invita una circunstancia curiosa, cómo estas islas han sido incorporadas á la Gran Bretaña. Dicese que al celebrarse el matrimonio de Jacobo VI con la princesa Ana de Dinamarca, el rey de Inglaterra recibió las Orcades y las Shetland en garantía de la dote de su esposa, pero que, no habiendo hecho entrega de ella, la prenda fué conservada. Recientemente he leído, sin que sepa el valor de la noticia, que Dinamarca, fundándose en algun vicio de forma, pensaba, si no en revindicar enteramente la prenda, que ha olvidado rescatar, al menos en negociar para que se le abonara el exceso de valor en cierta medida. La pretension seria original, y es de creer que la Inglaterra no se halle muy dispuesta á oír esta reclamacion.

El grupo al Norte de Pomona presenta una aglomeracion de islas pequeñas



Puerto de Lerwick.

todas son áridas y poco cultivables. Papa-Westra tiene cierta fertilidad. Su aspecto general es monótono, y el viajero se prepara á los cuadros tristes que lo aguardan en las regiones mas cercanas al Norte.

Yo no puedo abandonar las Orcades sin decir una palabra de sus habitantes. Apesar de la mezcla de sangre, resultado inevitable del contacto inmediato con la Escocia, el oreadense ha conservado el tipo energético y la constitución vigorosa de su raza original escandinava. Como todos los del Norte, este pueblo está dotado de mucha actividad física. Su inteligencia está lejos de igualar á la de los escoceses. Es supersticioso hasta la imbecilidad. Tal vez no hay país donde la superstición y la ignorancia hayan producido cuentos mas ridiculos. No se hallaria un habitante del Archipiélago que no haya visto, una vez por lo ménos, la serpiente de mar, ese animal fabuloso, el mas grande y monstruoso de los animales vivientes, que sale del fondo de los abismos, con la melena erizada, y que amenaza al cielo.

En mis correrías á través de estas islas, tan pobres de todo lo que constituye el lujo de nuestras grandes ciudades, he recibido la hospitalidad tradicional, que quizás no se encuentre siempre en Escocia, ofrecida con la mayor cordialidad. El sylok ahumado, los pasteles de harina de avena y la leche son presentados al viajero, aun en las cabañas donde el anfitrión no puede ofrecer el puchero de avena, y el whiskey, tan grato á los oreadenses. Y es mas de admirar su generosidad en un país en que los hombres adquieren poco con mucho trabajo, á causa de la baratura del trabajo personal.

Voy á decir algo de las islas Shetland, de origen común, con una constitución idéntica, con costumbres tan parecidas á las de las Orcades, que parecen como dos gemelos criados á un mismo pecho. Excepto Mainland, la principal de las Shetland, que ofrece una configuración rara, las ochenta restantes se presentan en el mapa con la confusión de soldados á la desfilada. La distancia que separa la Ronaldsha del Norte, la mas septentrional de las Orcades del cabo Sumburg, extremo meridional de Mainland, es de un poco mas de cincuenta millas inglesas.

Llegando por el Sur, se encuentra Fair-Isle, (isla hermosa), en donde se dice que se perdió el almirante de la invencible armada española. Desde la mar, por la costa occidental, la isla Mainland tiene la figura de una hacha. La inmensa lengua que parte de Burgh-Westra y que termina en Iarslof, tiene unas dos millas de anchura con veinticinco de longitud.

La lectura del *Pirata* de Walter Scott, que me habia ocupado durante mi travesía, me habia familiarizado de antemano con los sitios que iba á visitar. Mi imaginación, llena de ilusiones, buscaba en las rocas que bordan el mar, los chales flotantes de Minna y Brenda, y llegué al estrecho de Bressa sin observar las alturas de Lerwick coronadas de cascas.

Lerwick, dice Badesigts de Laborde, capitán de fragata, en su obra inédita sobre su viaje á Islandia, Lerwick, capital de las Shetland, es una ciudad de tres á cuatro mil almas, que se extiende como el arco iris por la playa del excelente puertecito de Bressa-Sound. Sus casas forman un anfiteatro que llega hasta la cima de una meseta, bastante espaciosa, y en la cual hay una iglesia presbiteriana oficial, y otra disidente. Desde esta altura la vista se extiende por la ensenada de Lerwick, lugar seguro donde la mar no penetra. En el Este la isla de Bressa muestra sus colinas negras, redondas por la cúspide, coronadas algunas de *dolmen*, recuerdos pictos ó escandinavos que se destacan en la atmósfera. En sus valles se ven algunos oasis de verdura, donde pacen los caballitos que hemos descrito mas arriba, vaquillas sin cuernos, y carneros con lana finísima, que, por compensación sin duda con estas, ostentan sus cuernos que crecen en dobles espirales. Algunas casas esparcidas por uno y otro lado al abrigo del Norte; en algun recodo, y a lo largo de las paredes crecen algunos vegetales débilmente bajo el influjo del sol aun pálido del mes de abril. Ningun árbol, excepto algunos groselleros, puestos en espalderas, en las márgenes de los arroyos, algunos abedules encorvados por el viento, y cuya copa parece que busca un asilo junto á la tierra.

Al Norte, el ojo sigue la garganta sinuosa que se extiende entre la isla de Bressa y el gran continente para formar el paso septentrional de la rada, y en la izquierda, en una ensenada pequeña, se ve la concha de carena, llamada pomposamente dique de la reina, donde se reparan algunos barcos pescadores.

Muy cerca y en la misma dirección, los muros viejos del fuerte Charlotte, armado con once piezas de cañon en muy mal estado, construido por Cromwell, probablemente en el punto en que á fines del siglo XIV el célebre viajero Nicolo Zeno, patricio veneciano, hizo una fortaleza, en la cual alojó á sus tropas durante un invierno.

Este navegante, que habia salido de Venecia para una expedición comercial á Inglaterra, fué arrojado por la tempestad á las Orcades, y fué despues almirante de la flota del conde Zichmni, de las Orcades.

Al Sur se descubre por encima de las casas que forman la izquierda de la ciudad, la entrada de la rada, las tristes alturas de Bressa, que se costean para entrar; despues el ancho mar que no carece de grandeza ni armonía apesar de su aspecto sombrío y salvaje. Al pié, en fin, de la meseta, yace la ciudad, cuyas calles estrechas y pendientes van á morir en la mayor, Commercial-Street, construida en semi-circulo á lo largo de la playa, y de la cual las casas mas próximas al mar bañan en el sus cimientos, y dan acceso á los buques que vienen á anclar junto á ellas. Esta calle es la mas animada de esta poblacion, dedicada á la pesca en la costa

y en Groenlandia; en ella se venden los tegidos de lana, tan industrialmente trabajados por las mujeres en las largas veladas del invierno.

Al revés de las otras ciudades del Norte, que tienen sus casas de madera con grandes tejados en punta, Lerwick tiene las casas de piedra, especie de pizarra verdoza que abunda en el país, y que se extrae fácilmente. Las casas están compartidas á la inglesa. Solo en la campiña se hallan las habitaciones calientes metidas bajo tierra, con césped desde el suelo, y peculiares á las islas Feroe y á la Islandia.

Al bajar en busca de la residencia del scherif, me hallé en la llanura atravesando campos pedregosos, separados por tapias enormes y bajas, hechas sin duda de piedras sacadas de aquel árido suelo. La yerba comenzaba á brotar, y yo asistía al renacimiento de la naturaleza en aquel pobre país; las alondras se remontaban formando espirales, entonando su himno perdurable, y las margaritas, temblando de frio con la brisa del mar, mostraban sus pétalos en aquel hueco resguardado.

No se puede salir de Lerwick sin visitar el fuerte de Scalloway, que está á poca distancia... «Este edificio, resto importante de la arquitectura militar del siglo XVI, participa de la casa señorial y de castillo. Está construido con piedra regularmente cortada, y sus muros son muy espesos. El cuerpo principal, que es rectangular, y que soporta en dos de sus ángulos torrecillas exteriores muy elegantes, está flanqueado por un castillejo, y es la única parte un poco ornamentada de todo el edificio, perteneciendo al estilo del renacimiento aplicado sencilla y elegantemente.

El interior está todo destruido, y sus restos tan curiosos son tratados por los habitantes de Scalloway como una cantera que ofrece la ventaja de dar las piedras cuadradas. La escalera, que á juzgar por su extensión, debia de ser imponente, no tiene y peldaños, los balaustres han sido arrancados, y los hermosos salones enseñan sus chimeneas agujereadas, privadas de todos sus adornos. De lo alto del torreón, al cual subimos con mucha dificultad, gozamos de un golpe de vista extenso, que nos indemniza de nuestra fatiga. Vastas praderas surcadas por arroyuelos, en cuyas márgenes se columpiaban los juncos y rosales que agitaba la brisa del mar; y un torrente que atravesaba el valle y llevaba sus aguas bulliciosas al Océano, fué lo que descubrimos por el lado de la tierra. A lo largo, el espacioso mar, y el elevado pico de Fonlá distante treinta millas, que aparecia bajo las nubes como un velo del horizonte.

Patrick Stewart, conde de las Orcades y las Shetland edificó el palacio y fuerte de Scalloway en 1600. Situado en una lengua de tierra, cubierta de verdura, estaba bien escogido para dominar por la parte del mar y defender el acceso por la garganta del valle.

En Burg-Westra pude juzgar de la exactitud detallada del novelista escocés. Ya estaba yo familiarizado con los sitios de tal manera, que hubiera podido hallar sin dificultad el antro de la misteriosa Norna, pero no tuve tiempo de alejarme tanto, porque acababa de encontrar inopinadamente dos compañeros de viaje, dos caballeros recién salidos de la universidad de Cambridge, que me invitaron á ir con ellos al norte de Mainland, y partimos pocos momentos despues de mi llegada á Burg-Westra. No tuve que arrepentirme de mi expedición. Mis dos compañeros me dieron pruebas de una instrucción muy amena y variada que no era de esperar en su temprana edad. Ellos me hicieron saber que el ilustre sabio Biot habia ido á las islas Shetland en 1815, con el objeto de determinar la figura exacta de la tierra. En mas de una ocasion he podido conocer que nadie recoge con mas puntualidad que los ingleses las fechas que pueden prestar algun interés histórico á los lugares que visitan.

Entre las ochenta islas que componen las Shetland, una treintena es habitada; las demás son en general playas áridas, bancos de roca descubiertos, azotados por las olas, viviendas de bueyes marinos.

Volvime á Lerwick, y aguardé algunos dias para embarcarme. No se soporta el espectáculo continuo de una naturaleza triste y desolada, sin que el alma se contriste; así es que me alejé con cierto placer de aquella tierra ingrata, que fué la Thule de los antiguos. Apenas nos habíamos dado á la vela, cuando animado de inefable alegría, semejante al rey de la fábula, arrojé al mar la copa en que habia bebido, y con la impaciencia de mis deseos, buscaba ya entre la bruma del horizonte mis queridas montañas de Escocia.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Derrota de Longchamps. — El sombrero emperatriz en Longchamps. — Descripción del tiro que llevaba el carruaje imperial. — La hermosa holandesa. — Los sombreros que no lo son. — Dicho de una mujer de buen gusto. — Las flores naturales han vencido á las flores doradas. — A que se parecen las nuevas telas escocesas de primavera. — Dos vestidos de la Emperatriz. — Las mangas coadjutor. — Las antiguas pañoletas. — Vuelven á ser de moda los calados. — Los cachemires bordados de oro. — Dos trajes que se han visto en el baile del Cuerpo legislativo. — Descripción del figurín.

¡Pobre Longchamps, y qué completa ha sido su derrota!... Longchamps se concluyó, y solo queda de él un pálido recuerdo.

¡Qué contraste con aquel antiguo torneo de la moda, en que la corte y las clases pudientes ostentaban á porfia su lujo, sus excentricidades, sus carruajes y sus locas galas!

Longchamps se concluyó, está muerto....

¡Viva la primavera, viva el sol!... porque únicamente el sol puede hacer brotar las flores de la coquetería y de la elegancia!

— Pero, sin embargo, me dirán algunos, en Longchamps hemos visto este año algunas cosas nuevas.

— En efecto, se puede responder, hemos visto los sombreros á la emperatriz, pero nada mas que esto.

— ¿Y cómo son estos sombreros?

— Es un tocado que recuerda exactamente las bandas de pelo arrolladas y altas que lleva la emperatriz Eugenia, esto es, que tienen una forma aplastada.

Esto es muy bonito y sienta muy bien, pero la que lo lleve tiene que ser hermosa, porque este sombrero deja enteramente descubierta la fisonomía. Voy á describir dos, uno azul y otro de color de lila.

La emperatriz Eugenia llevaba el último á Longchamps. Este sombrero tenia la parte superior de tul blanco rizado. A cada lado de la copa se veían cinco cordones de hojas de tafetan color de lila. El borde iba adornado con dos blondas formando sombra y reflejo sobre una fresca guirnalda de lilas blancas del color de la flor. La copa en vez de ser una copa era un ramillete de flores de lilas prendido con un lazo de tafetan del mismo color.

El otro sombrero emperatriz es tambien de tul azul afollado con ondas caprichosas. La copa representa una estrella de blonda de encaje. Encima se ve un ancho lazo de cinta muaré, con un ramito de plumas azules á cada extremidad, tan bien puestas hácia adelante, que sobresalen sobre el borde caído, y flotan sobre una diadema de rositas de mayo. Por detrás se ven dos lazos azules de cinta muaré, el primero á la caída de la estrella de blonda, y el segundo abajo formado de tul azul de blonda y de un sesgo de muaré á zul.

Volviendo á Longchamps, el Emperador y la Emperatriz se han mostrado en el paseo de Longchamps en un carruaje cerrado y tirado por cuatro caballos. Dos postillones con chaquetilla de terciopelo verde, galoneado de oro, con calzon de ante blanco, botas de campana, y gorrilla inglesa con visera baja, guiaban aquel magnífico tiro. Su majestad el Emperador iba vestido de paisano.

A excepcion del carruaje imperial y de algunas carretelas de buen gusto, los demás demostraban á cien leguas su vulgar origen.

En vano algunas damas sentimentales habian alquilado elegantes carrozas con cuatro caballos para parecer duquesas ó embajadoras, á nadie engañaron aquellas maneras de teatro.

En una carretela iban cuatro jóvenes que se hicieron notar por sus trajes en contraposición con el tiempo que hacia. Una llevaba un vestido de tafetan con botones de oro, la otra de tafetan azul celeste, la tercera de color de rosa claro, y la última de color de lila. Sombreros, manteletas y sombrillas eran adecuados; parecia el carruaje una congregación de Magdalenas nada arrepentidas.

Otra joven llamó tambien la atención hasta lo sumo.

Esa joven iba sola en una elegante carretela forrada de damasco ceniciento claro, con franjas esmeralda, y escudos de nobleza pintados.

Su única compañía era un enorme ramillete de lilas.

El carruaje llevaba cuatro caballos guiados por dos postillones con chaquetilla de terciopelo color de perla, y calzon blanco.

— ¿Quién era esa hermosa señora?

Las suposiciones y los comentarios, hijos de la curiosidad y de la imaginación de los espectadores de ambos sexos, abundaban.

Unos pensaban con cierto fundamento que una mujer decente no se presentaba sola en un paseo público, exponiéndose á las miradas y á la admiración de la muchedumbre.

Otros decían que era una extranjera, una princesa rusa, que habia venido con una *mision* para resolver la cuestión de Oriente.

De repente, cuatro ó cinco jóvenes del *baby club* pronunciaron estas palabras, que llegaron á mis oídos.

— ¡Es la hermosa holandesa que se halla en Paris!... ¿Cómo creieran ustedes que esa mujer tan bella, tan graciosa, y que posee tantos diamantes, ha ganado su fortuna vendiendo naranjas?

— Vaya una broma.

— Pues sí, señor; el príncipe de Orange vió á la hermosa naranjera en la plaza de Bruselas, y la pagó á precio de príncipe las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

— Es toda una novela digna de contarse. Desde que tuvo tan buen éxito en el teatro la *Dame aux Camelias*, ella lleva siempre un ramillete de lilas.

— ¿Entonces es la dama de las lilas?

— No por cierto; por mucho que quiera poetizarse, nunca será otra cosa que la bella holandesa. Este es su nombre de guerra, y con ese título ha ganado todas sus batallas y cuanto tiene.

En cuanto á las verdaderas señoras nobles que se hallaban en Longchamps, estas llevaban bajados los cristales de sus coches, y se hallaban envueltas en terciopelo y armiño.

Así pues, no ha sido en Longchamps donde yo he podido adquirir mis noticias sobre la moda. Solo los sombreros presentaron alguna novedad, y cuando digo sombreros, deberia decir tocados, porque los sombreros que se llevan hoy parecen guirnalda de baile, con algunos encajes, tules y cintas.

Con motivo de Longchamps, una joven célebre por sus chistes y buen gusto, se fué á probar á casa de una modista de nombradía un sombrero de primavera compuesto de volantes de encaje y de un campo de anchas margaritas silvestres.

— Muy bien le sienta á Vd. ese sombrero, le dijo la modista. Las margaritas debajo del pelo parecen una doble diadema de gruesas perlas finas.

— Es cierto, añadió sonriendo la señora. Ese sombrero está muy bien para los hombros; pero déme Vd. otro para la cabeza.

La crítica de la chistosa burlona dice mas de lo que podria-

mos poner aquí sobre el corte caído y echado hácia atrás de los sombreros á la moda.

Pero entre nosotras, debo decir que esta moda sienta perfectamente, porque da una gracia particular á las fisonomías.... Sin embargo, no debe exajerarse esta forma, pues ya es bastante original y caprichosa, porque se caería inmediatamente en el ridículo y en el mal gusto.

Las flores naturales han alcanzado una victoria sobre las flores doradas, para adornar los sombreros de primavera.

Este ha sido un gran triunfo para la elegancia.

La violeta es mil veces mas bonita y fresca, con el suave color con que Dios la ha dotado, que un barniz dorado ó plateado que ántes la ponían.

¡Pobre violeta, de que la habia servido su modestia para verse con tales atavíos!

Y la margarita, esa flor tan docta que revela las sensaciones del corazón, ¡cómo habrían podido deshojarla!

Lo que ha hecho Dios, bien hecho está. Lo bello no puede existir sino en lo verdadero.

Las flores de oro son muy lindas y muy elegantes para el baile, donde todo es arte y compostura, pero no pueden luchar con la naturaleza y el sol.

Lo que también quiero criticar son las telas escocesas de primavera, que parecen vidrios de ventana, tan grandes y anchas son. No hay más que un solo cuadro á lo ancho de la tela, lo que produce un efecto raro nunca visto. La espalda de un vestido de esos debe presentar un cuadro igual al vidrio de un balcon. Los colores á la moda son de los mas vistosos; rojo y negro, rosa y negro, lila y negro, azul y negro, naranja y negro, tales son los matices privilegiados. Hay que ser muy elegante para vestirse así, y se me figura que no todas las señoras parecerán graciosas y distinguidas con un traje tan fantástico. La sencillez es preferible á la originalidad.

En cuanto á trajes sencillos y bonitos, lo mejor son los tafetanes sombreados con anchas rayas horizontales. Esto es sin duda lo preferible. Todos esos colores que se confunden y que mueren, por decirlo así, uno en otro, parecen una nube azul alumbrada por los rayos del prisma solar; nada puede darse mas fresco y gracioso.

La emperatriz Eugenia que da la moda, es la primera que ha llevado un vestido sombreado, de tafetan azul, pasando del azul de Sevres al azul claro, con tres volantes en la falda describiendo ondas, adornadas con dos pequeñas *ruches* de tafetan cortado. El corpiño llevaba faldetas cortadas en anchas ondas. Las mangas abiertas de lado hasta el hombro, se hallaban prendidas de trecho en trecho con lazos de cintas. Abajo llevaba una guarnición en relación con las faldetas del corpiño.

Voy á describir otro vestido para la Emperatriz, porque para ella se ha creado esta novedad. Este vestido es de tafetan violeta de un color puro y fresco. La falda lleva cinco volantes cortados con el saca-bocados, cubiertos de un rico calado y con adornos de terciopelo negro encima. El corpiño no lleva faldetas. Las mangas son á la coadjutor, (estilo Luis XIII) sumamente originales, con cuchillos y adornadas con calados y lazos de cintas de color de violeta. Es un género enteramente nuevo, y que exige mangas blancas de una riqueza excesiva; me parece que sentarian muy bien unas mangas de tafetan blanco bordadas de punto de seda violeta.

Los corpiños se siguen haciendo largos y con faldetas, por mas que digan ciertos periódicos de modas empeñados en hacer una oposicion sistemática. No se ha vuelto hablar de las mangas imperiales.

Lo que es positivo es la aparicion de las pañoletas de nuestras bisabuelas, porque en efecto no hay nada nuevo bajo el sol. Estas pañoletas se hacen de tafetan negro, ó del color del vestido que se lleva, y van atadas con unas cintas negras. Por eso tienen cierto aire de *vejez* que no les sienta mal á las jóvenes. Hay otras que caen mas, dejan el cuerpo mas suelto y parecen mas alegres. Ambas van adornadas con terciopelo, encaje de Chantilly, calados, ó *ruches* á la antigua de cinta muaré, pero de todos modos creo que durarán lo que las lilas; ¡el espacio de una primavera!... Cuando llegue el verano serán naturalmente reemplazadas por el chal de encaje de Chantilly, con *ruches* ó cintas sirviendo de transparente al encaje.

A propósito de encaje, está haciendo furor el calado Luis XIII. Los cuellos son mas que cuellos por la extension que toman. Van prendidos por delante con lazos de cintas ó botoncitos de oro, y caen en punta por detrás y por los lados. La ropa blanca sufre también igual transformacion. Los cuellos de jaconás bordados al plumetis, y á punto de escala, son muy grandes y van adornados con ricos dibujos de relieve.

También están muy en moda los cachemiras cuadrados, bordados con hilo de oro y sedas de colores. El fondo del chal de cachemira de la India debe de ser de un color vivo, pero igual; las dos puntas representan una palma, un cuerno de abundancia ú otro adorno cualquiera.

Y eso es todo lo que tenemos de nuevo. La moda espera el sol y la primavera para mostrarse en toda su elegancia.

Además, mientras se baile aun, los trajes de baile serán los preferidos.

Habria querido poner aquí muchos pormenores sobre el gran baile oficial del Cuerpo legislativo, y veo con tristeza que me falta lugar para ello. Sin embargo, tengo que describir el traje de la señora condesa de Murat y el de madama Troplong.

La señora condesa de Murat llevaba un vestido de tafetan blanco, con cuatro dobles volantes en la falda. El segundo volante, puesto sobre el primero, estaba bordado al pasado con bellotas de oro mate y con seda violeta; encima de las bellotas serpenteaba un bordado oro y violeta; los contornos de los dos volantes representaban un feston ondulado, cortado con el saca-bocados. El corpiño figuraba pliegues griegos de tafetan bordado. El tocado era una redecilla de violetas de crespon con bellotitas de oro.

Madama Troplong llevaba un prendido de color de rosa. La falda de tafetan llevaba cuatro volantes cubiertos con un volante de crespon negro, con cuatro volantes mas pequeños de blonda. El corpiño figuraba pliegues de crespon color de rosa.

El tocado formaba un largo cordon de lilas, al rededor de la cabeza, produciendo un efecto encantador.

En cuanto á los demás tocados, no hay mas que tender un poco la vista por nuestro figurin, donde se ven tres jóvenes en traje de baile, y una bonita amiga en traje de calle. Los trajes de baile han sido tomados del natural.

Dos jóvenes están sentadas y se dan la mano; no sé porqué, me figuro que se engañan mutuamente, y que ambas están pensando en un recuerdo íntimo. Una de ellas va de blanco, verdadero prendido de primavera. La falda de su vestido lleva cuatro volantes de crespon sostenidos por una ancha cinta de muaré. El cuarto volante va abierto en túnica, y se ve prendido de lado un grueso ramillete de rosas. Los tres volantes van adornados con rosas y lazos que corren y siguen á distancias bien calculadas. El corpiño forma punta, y lleva una berta de punto de Inglaterra y manguitas afolladas, también con ramilletes de rosas. El tocado representa un cordon de rosas abiertas, de botones y hojas de crespon; las lilas van sobrecargadas con brazaletes de diamantes y perlas finas.

La otra joven lleva un vestido de gró de Atenas verde malquita, adornado con dos espléndidos volantes de encaje de Chantilly. Encima de cada volante hay una *ruche* de cintas. El corpiño escotado, guarnecido con encaje negro, lleva cintas que flotan sobre el encaje. El tocado se compone de flores de blonda, geranio rojo y perlas blancas.

Detrás de la joven vestida de blanco, una linda coqueta se está mirando en un espejo, para ver si su tocado de florecillas está de acuerdo con sus hermosos cabellos rubios. Razon tiene, pues su diadema de florecillas y de espigas de oro le sienta divinamente. El vestido es de muaré gris *lapis-lazuli*. El corpiño va adornado con punto de Alençon, y se ven dos *ruches* de florecillas en el pecho y en los hombros. Lleva una capita Talmá de cachemira blanco bordada con galones de muaré de oro. Esto es lo mas oriental que se conoce.

La joven en traje de calle lleva un vestido de tafetan de color de lila, adornado con gruesas coças de gasa en el corpiño y en las mangas. Las mangas y el camisolin son de punto de Inglaterra. El sombrero es de blonda de encaje con plumas por ambos lados de la copa.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La venganza de los difuntos.

NOVELA.

(Véase nº 15, páj. 206.)

VI. — Leonor halla el reposo.

Don Cristóbal y Leonor habían alquilado una casita en la isla, inmediata á la del canónigo Sulzer, con quien habían hecho amistad, y vivían en ella enteramente felices.

Don Sebastian les enviaba por trimestres la renta de don Cristóbal, que insuficiente para una gran ciudad, los hacia opulentos en Reichenau, y aun permitía á Leonor socorrer á algunas familias pobres. Lo necesario les costaba poco, y sus placeres nada, porque consistían en pasear, leer, y estudiar la música.

Muchas veces iban á sentarse al pié de una cruz que habia en el punto mas elevado de la isla, circundado de viñas. Desde allí disfrutaban de una vista deliciosa, dominando el lago, y descubriendo á su extremo, del lado del mediodía, las torres de Constance, inundadas de luz, semejantes á las de una ciudad fantástica, perdida en las nubes; á la otra parte, se destacaban en un cielo claro algunos castillos feudales arruinados, asentados, como nidos de buitres, en aquellas singulares montañas, que llaman los alemanes el Monte de las Grullas, y los Montes Gemelos; y al frente, y en último término, se extendían sobre risueñas colinas, masas enormes de hielo, cuyas cimas colosales iban á esconderse en las nubes.

Esta cruz era el punto favorito de sus excursiones, al amanecer, ó al ponerse el sol. Sentados en un banco de madera, en presencia de tan hermosa naturaleza, de un panorama tan apacible y variado, se complacían en recordar sus aventuras, y concluían dando gracias á la Providencia que les habia inspirado la idea de refugiarse en la isla santa. A veces llevaban consigo una guitarra, y se entretenían en cantar canciones españolas, boleros, tiranas, seguidillas, y entre las cuales no podia olvidarse el *Marinero del alma*. Leonor imitaba también con cierto deleite las melodías árabes, que las gitanas solían cantar en las ciudades á la puerta de las posadas. La bella voz de Leonor, secundada por un gusto exquisito, expresaba con un acento irresistible, las notas lloronas, ó alegres, ardientes y caprichosas, monotonas ó variadas que las caracterizan. Los campesinos que cultivaban las viñas se paraban á oírles, y despues de uno ó dos minutos de éxtasis, exclamaban: « Son los españoles. »

La afición de don Cristóbal á la botánica se despertaba en presencia de una naturaleza que ofrecía con tanto abundancia medios de satisfacerla. Él y Sulzer, quien, apesar de su edad, se conservaba ágil y robusto, hacían juntos largas excursiones por la isla y comarcas circunvecinas. Leonor los acompañaba al principio, pero el nacimiento de un hijo, imponiéndola nuevos deberes, la impidió el buscar distracciones fuera de casa. ¿Y para qué? ¿No tenia todos los placeres junto á la cuna de su hijo? Al rededor de esta cuna se fundaba una familia; Sulzer habia sido el padrino, y estaba loco con su ahijado Carlos. Es preciso renunciar á describir la alegría de don Cristóbal. En fin la venida de este niño, como

decía el canónigo, era un don visible del cielo, que lo enviaba á sus padres como prenda de perdon de lo pasado, y la promesa de una felicidad futura.

En la época en que nos encontramos, el robusto Carlos tenia de ocho á diez meses. Su madre lo habia llevado una mañana á un cercado que estaba junto á la iglesia, á donde iba con frecuencia á tomar el sol, con la labor ó un libro en la mano, mientras que el niño jugaba en la yerba y cogía primaveras y margaritas. Este sitio debia haber servido de cementerio del convento, porque aun se veía alguna que otra piedra sepulcral, medio enterrada, y cuya inscripcion habia borrado el musgo. Aquel dia, pues, en ausencia de su marido, que herborizaba con el canónigo, Leonor jugaba con su niño sobre las rodillas, cuando oyó que la llamaban con grandes gritos á la puerta del cercado. Reconoció la voz del mensajero que traía ordinariamente las cartas de Constance. Justamente esperaban noticias de don Sebastian. Leonor puso á su hijo sobre un antiguo sepulcro, y se dirigió al camino. Era una carta, pero apenas la pobre mujer reconoció la letra, palideció y tembló hasta el punto de tener que apoyarse en la pared. Largo rato vaciló ántes de abrirla, tal era el miedo que tenia de que aquel papel fuera siniestro. Por fin lo abrió y leyó:

« Sobrina mia (aunque sea Vd. indigna de este nombre),

» Ha manchado Vd. el honor de nuestra antigua familia;

» Ha abandonado Vd.; al que la habia educado reemplazando á su padre;

» Ha ofendido Vd. á Dios;

» No se lisonjee Vd. con que quedarán impunes tantos crímenes;

» La Providencia ha permitido que descubra, ántes de morir, el asilo donde oculta Vd. su vergüenza. Es cúche Vd. *mi última voluntad*, cuya ejecucion encomiendo al cielo.

« ¡MALDICION para Vd., su cómplice y sus hijos si los tiene! Os maldigo como padre y como sacerdote! Os maldigo en mi lecho de muerte. ¡Cuando lea Vd. estos renglones, último esfuerzo de mi mano trémula, ya no existiré, y mi venganza habrá comenzado; porque los muertos se vengan, Leonor! Ya lo experimentará Vd. ¡A dios! »

Al concluir Leonor la lectura de esta carta terrible, una nube cubrió sus ojos, y permaneció algunos minutos sin distinguir ni oír nada, estupefacta y próxima á desmayarse. Poco á poco se recobró, su llanto la alivió, é intentó andar. Su mirada, fija en el suelo, estaba anublada con las lágrimas; maquinalmente fué como llegó á donde habia dejado á Carlos, de repente vió al niño tendido inmóvil sobre la piedra, con la boca abierta, de la cual le salía el rosario que su madre le habia dejado para que jugara. ¡La pobre criatura se lo habia llevado á la boca, y habia tragado algunas cuentas que lo ahogaron! ¡Este rosario era el de la hermana Dorotea, cuidadosamente conservado por Leonor, á fin de que la protegiera!

Los gritos de la desgraciada madre hicieron venir á los que los oyeron. Tratóse de socorrer al niño, pero pronto se vió que todo socorro era inútil. Con tan cruel certidumbre, Leonor cayó sin movimiento al lado de su hijo. A cualquiera que llegando de repente se le hubiera dicho: « de esos dos cuerpos el uno es cadáver, » no hubiera sabido discernirlos. Lleváronse á los dos. Don Cristóbal, que venia con el canónigo, viendo de lejos á la gente que se dirigía á su casa, echó á correr, y pudo creer al llegar, que el mismo golpe le habia arrebatado su mujer y su hijo.

Leonor no recobró el uso de los sentidos mas que para hacer temer la pérdida de su razon. Durante ocho dias padeció una fiebre ardiente, acompañada de continuo delirio. En su arrebatado pedía á su hijo, exigía que se lo trajeran; lo oía llorar en el cuarto inmediato, le hablabla, lo arrullaba, le decía palabras cariñosas, y se irritaba, contra la maldad de los que los separaban. Otras veces veía á su tío en su presencia. Entonces, con la fuerza que le prestaba la enfermedad, se ponía de rodillas en la cama, y con las manos cruzadas pedía perdon al arzobispo: « ¡Tio mio, tio mio, exclamaba, retire Vd. su mano, y vuélvame Vd. á mi Carlos! ¡Vd. lo ha cogido, bien lo sé! ¡Vd. lo ha escondido en su sepulcro! ¡déjeme Vd. buscarlo; estoy segura de que lo encontraré. ¡Ah! ¡mi buen tio! ¡cuánto lo querriamos á Vd.! ¡Ah! ¡mi tio va á bendecirnos! — ¡Cielos! ¡me hiere, me maldice! ¡Tio mio, perdon, retire Vd. la mano! »

A estas crisis sucedían horas de mortal abatimiento. Don Cristóbal velaba á su cabecera, y mostraba una fuerza de alma y una presencia de espíritu increíbles. El médico, que habia venido de Constance era hábil y experimentado, pero toda su experiencia y su habilidad no servían de nada en el caso presente, y no sabia que decir.

El noveno dia, sin embargo, concibió un rayo de esperanza; la fiebre disminuyó de repente, y Leonor reconoció por la vez primera á su marido. Dos dias duró este estado; se intentó nutrirla un poco, y la tentativa tuvo buen éxito. Don Cristóbal, que se habia preparado para el segundo sacrificio, sintió una alegría tan viva, como si no hubiera sufrido pérdida alguna. La muerte de Carlos desapareció ante la idea de conservar á Leonor. ¡Tal es la pobreza y mezquindad del alma humana, que un pesar, un goce la absorbe completamente!

La noche del segundo dia se retiró el canónigo, seguro, decía, de la convalescencia de Leonor; la enfermera también se habia ido á descansar, y don Cristóbal

velaba solo á la cabecera de la enferma. Esta estaba medio sentada, medio acostada, la cabeza reclinada en el pecho de su marido, sus manos enlazadas, y como abrigada bajo el brazo que la abrazaba. Leonor rompió el momento de tranquilo silencio con voz débil y sin abandonar su postura:

— ¿Se acuerda Vd., don Cristóbal, dónde nos hemos visto la vez primera?

— Seguramente, amiga mia, yo ví á Vd. la primera vez en la catedral, pero Vd. no me aperebí. En la plaza Mayor fué donde cambiamos nuestra primera mirada, en una corrida de toros; Vd. estaba con las señoras de la familia de Medina Sidonia.

— Se decia que Vd. estaba entónces enamorado de Ines de Medina Sidonia.

— ¿Cómo lo ha sabido Vd.?

— Ines misma me lo dijo; entre mujeres se confian muchas cosas. Esta confianza me afligió, y eso que solo hacia horas que conocia á Vd.

— Algo hubo, pero desde que te ví, Leonor, juré que serias mi mujer, apesar de los obstáculos que pudieran oponerse.

— ¡Tú has cumplido tu juramento, pero á qué costa, amigo mio!

— ¿Y tú, Leonor, recuerdas como logré hacerte recibir una carta?

— ¡Si lo recuerdo!... paseándome con mi dueña en el Prado.

— Yo las habia seguido á Vds. durante todo el paseo.

— Cierto. ¿Crees tú que yo no lo habia observado? Al subir al carruaje, un pobre se acercó con pretexto de pedir limosna. Yo hice subir la primera á Leonisa, y el bribon del mendigo, en lugar de recibir la moneda, me puso descaradamente una carta en la mano; despues de lo cual, me colmó de bendiciones, miétras Leonisa reprendia mi prodigalidad.

— Jamás hubo bendiciones mas justas ni sinceras, porque el pobre vió colmados sus deseos: él se prometia una negativa expresada con cólera, y la señorita se habia contentado con recibir la carta ruborizada, y aun con una ligera sonrisa.

— ¡Oh! no, aseguro á Vd. que no me sonrei.

— ¡Oh! sí, estoy seguro de ello, créame Vd.

— Lo creo, pues.

— Pero mis esperanzas se desvanecieron cuando supe que el arzobispo habia encerrado á su sobrina en Santa-Clara con ánimo de hacerla tomar el velo. Desesperado fuí á consultar á don Sebastian. Y él me sugirió el plan que ha tenido tan buen éxito. El sabia que el jardinero necesitaba un criado.

— ¿Cómo lo sabia?

— A fe mia, que no he sido yo tan curioso. Pero generalmente, el bueno de don Sebastian era hombre de muchas noticias, que recogia por todas partes para su uso ó el de sus amigos. Era un héroe de aventuras comparable á don Galaor.

— ¡Qué mal sugeto! ¿En fin, Vd. sedujo al desdichado José?

— No, al principio, me presenté como un verdadero jardinero, prometiéndole suplir mi inteligencia con

sumision y celo, y Sancho trabajó unosochos dias en el jardin pero torpemente. Yo me habia figurado que las religiosas venian á pasear al jardin, pero no ví mas que una, ¡y no la que me convenia, la abadesa! Un dia que yo podaba rosales la ví aparecer con su tío de Vd. al extremo del anden. Parecian muy preocupados con algun asunto grave. Corriendo hice dos ramilletes, y me avancé para ofrécerselos. Los tomaron riéndose

chazabamos sucesivamente. Por último, la muerte de la religiosa me pareció una ocasion propicia, y era preciso dar un golpe atrevido. Querida amiga, tú sabes lo demás.

— Sí, lo sé, ¿y Vd. don Cristóbal sabe Vd. la fecha de hoy?

(Se continuará.)



Nicolas Iº emperador de Rusia.

La Rusia.

Es una verdad corroborada por la esperiencia la de que nunca las naciones están mas cerca de su decadencia que cuando han llegado á su mayor apogeo. Ahora bien, si se considera la Rusia bajo el punto de vista de su extension, ningun imperio del mundo ha tenido un poder tan extraordinario, pues posee actualmente la séptima parte de la tierra firme ó sea 1/22 de todo el globo.

A pesar de esto, ese imperio que cuenta mas de sesenta millones de habitantes en el espacio de novecientos noventa mil leguas cuadradas, rico además por las minas de oro mas abundantes que se habian conocido hasta hace poco tiempo, no ha podido nunca contrarrestar la influencia política de esa isla, de ese punto imperceptible en el mapa que lleva el nombre de Inglaterra; y debemos alegrarnos de esto, porque de lo contrario el coloso que ha devorado á la Polonia y amenaza constantemente á la Turquía, podria realizar algun dia la profecía de Napoleon en el resto de la Europa.

Imposible parece, que esa nacion tan insignificante ántes de venir al mundo Pedro el Grande, haya llegado á absorber tantas nacionalidades, tanto mas cuanto que sus guerreros, no tan célebres por sus talentos militares como por sus crímenes, han sido mirados con horror por los pueblos civilizados, pues no parece sino que se ha estancado en ellos todo lo que habia de mas abominable entre las varias legiones de los antiguos bárbaros. Sea la que quiera la causa de este fenómeno, es indudable que ese imperio enemigo de la civilizacion ha ensanchado de dia en dia sus limites y que, si ha debido mucho á las victorias de sus monarcas conquistadores, mucho debe tambien á la política del actual emperador Nicolas Iº cuyo retrato damos hoy á nuestros lectores. Este hombre á quien se supone bastante culto, es el digno sucesor de Alejandro Iº cuya conducta con Napoleon es bien conocida. Es el monarca mas antiguo de Europa pues subió al trono el año de 1825 y disfruta tanta salud, á pesar de las tareas que le ocupan y del malísimo clima en que vive, que promete reinar aun mucho tiempo si no es víctima cuando ménos se piense de una de esas muertes repentinas tan comunes entre sus antecesores. Sin embargo, su talento higiénico parece no ser inferior á su talento político, y esperamos que sabrá prolongar sus dias, pues le deseamos buena y larga salud, aunque por amor á la especie humana quisieramos que todos sus conatos de dominacion universal hallasen una insuperable barrera en la moderna civilizacion.

de mi aturdimiento, pero su distraccion me permitió llegar á oír estas palabras del arzobispo: « Sí, hija mia, arréglese Vd. como guste, pero es preciso que sea así. »

« Esto me decidí; además, José, irritado con mi mal trabajo, hablaba de despedirme. Me descubrí á él. El buen viejo se asustó al pronto y se escandalizó; pero el enemigo estaba en la plaza, y no era fácil echarlo sin fracaso. José prefirió servirme. Conspirabamos juntos, y todos los dias discutiamos un nuevo medio, que re-

salud, á pesar de las tareas que le ocupan y del malísimo clima en que vive, que promete reinar aun mucho tiempo si no es víctima cuando ménos se piense de una de esas muertes repentinas tan comunes entre sus antecesores. Sin embargo, su talento higiénico parece no ser inferior á su talento político, y esperamos que sabrá prolongar sus dias, pues le deseamos buena y larga salud, aunque por amor á la especie humana quisieramos que todos sus conatos de dominacion universal hallasen una insuperable barrera en la moderna civilizacion.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda: uno de mujer, y otro de hombre, y varios patronos de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinas	PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»	PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes	Para Veracruz y Tampico.	20	»
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»	Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba.	22	»
Para la provincia de Cúmana.	12	75 »	Para el interior de la República Mejicana.	29	»

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Lo suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Cobija.	MM. ARTOLA Y Ca.	Puerto Rico.	MM. J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Demerara.	— Richard HAYNES.	Quito.	— Alfonso PRIEUR.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y Ca.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— D ^r MORINGLANE.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CORDOVA.	Lima.	— José MACIAS.	Santa Maria.	— Manuel ABELLO.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Jean MESNIER.
Bogota.	— CLARMONT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Buenos Ayres.	— LUCIEN Y Ca.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Id.	— J. C. CORBIN.	Monpos.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Caracas.	— Emile PHILIP.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Cartajena.	— J. Maria CANADAS.	Panama.	— SMITH Y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cali.	— THIRION.	Popayan.	— RAFAEL IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Ciudad Bolivar.	— A. PESQUERA.	Porto Cabello.	— RAFAEL ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Cauima.				Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.